

Esencia de Jalisco

Esencia de Jalisco

José M. Murià

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
2008

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Marco Antonio Cortés Guardado
Rector general

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrector ejecutivo

José Alfredo Peña Ramos
Secretario general

CENTRO UNIVERSITARIO DE LA COSTA

Javier Orozco Alvarado
Rector

Luz Amparo Delgado Díaz
Secretario académico

Joel García Galván
Secretario administrativo

Primera edición, 2008

D.R. © 2008, UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de la Costa
Av. Universidad de Guadalajara 203, Delegación Ixtapa
48280 Puerto Vallarta, Jalisco, México

D.R. © 2008, INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
Córdoba 45, Colonia Roma
Delegación Cuauhtémoc
06700 México, D.F.

ISBN 978-970-764-573-8

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

*Para Diego López Murrià,
por su sonrisa que habrá de ser muy jalisciense.*

Índice

Remembranza y gratitud /9

Ficha técnica /11

PRIMERA COPA

¿De qué se trata? /13

SEGUNDA COPA

Las primeras piedras /15

TERCERA COPA

Búsqueda de más oro y expansión /19

CUARTA COPA

Una conquista “autonomista” /21

QUINTA COPA

La gran revuelta y su “pacificación” /27

SEXTA COPA

Una colonia marginal /31

SÉPTIMA COPA

“Ventajas” de la compleja burocracia /35

OCTAVA COPA

La forja de la nueva sociedad /39

NOVENA COPA

Pluralidad regional /43

DÉCIMA COPA

Surge la efervescencia /51

UNDÉCIMA COPA

“Libertad” contra intolerancia /57

DUODÉCIMA COPA

Fuerza cultural y debilidad política /61

DECIMOTERCERA COPA

Escasa belicosidad /67

DECIMOCUARTA COPA

La Revolución llega a Jalisco /69

DECIMOQUINTA COPA

Desarrollo centralizador /75

DECIMOSEXTA COPA

Educación ¿superior? /81

DECIMOSÉPTIMA COPA

El repunte cultural /85

DECIMOCTAVA COPA

Descalabros y cambios /89

DECIMONOVENA COPA

Nuevo milenio ¿de concordia o de cambio? /93

¡La última y nos vamos! /95

Remembranza y gratitud

Un texto relativamente breve como éste, que pretende llegar al meollo de una realidad tan compleja como la historia de Jalisco, solamente puede ser el resultado de una temeridad o de muchos años de trabajo.

Lincoln decía que, para hacer un discurso de una hora le bastaban diez minutos de preparación, mas para diez minutos requería al menos de una hora. También me gusta el aserto de Fustel de Coulanges: “pour un jour de synthèse il faut des années d’analyse”.

Podría decir que este libro lo empecé a preparar una noche de junio de 1969, mientras manejaba bajo una gran luna entre Salamanca e Irapuato. Quería dejar atrás las dolencias de un estudiante que había vivido las crueldades de 1968 en la capital, la tristeza y desorientación que sobrevinieron la víspera en el sepelio de mi Maestro, José Gaos, con quien había aprendido a trabajar y, en muy buena medida, también a pensar críticamente. Pronto habría de ingresar al Estado de Jalisco, donde esperaba lamerme las heridas en paz...

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que era precisamente aquí donde quería estar, dedicado mayormente al estudio y difusión de su historia. La vida me ha dado la satisfacción de haber logrado una buena parte de lo que me propuse aquella noche.

Quedan millares de páginas sobre diferentes aspectos de la materia. Contribuí en salvar de la destrucción al Archivo Muni-

cipal de Guadalajara y otros más de la región; ayudé a darle vida al Histórico de Jalisco y al Museo Regional de Guadalajara —que ahora requiere remontar la cuesta por la que lo dejaron caer— y se hizo una gran *Historia de Jalisco* que, quienes más la criticaron, resultaron incapaces de mejorar. También me siento parte importante de la forja de la buena biblioteca que ahora tiene El Colegio de Jalisco, en vez de la tirlanga que encontré cuando me hice cargo de dicha institución, así como de los altos vuelos que ha alcanzado la misma.

Pero nada se hubiera hecho de no haber existido la carrera de historia en la Universidad de Guadalajara y aquel inolvidable maestro en ella que fue Alberto L. de Guevara. Importante fue, por igual, la existencia de El Colegio de México. Ambas ofreciendo estudios gratuitos. No puedo olvidar a Manuel Gutiérrez de Velasco, quien me ayudó a encontrar el camino.

Igualmente debo pensar en Raúl Padilla López, cuando tuve el privilegio de ayudarle, aunque fuera un poquito, a sacar del lodo a la Universidad, y en todo lo que se logró, como es el propio Centro Universitario de la Costa, al que le estoy especialmente agradecido desde que Javier Orozco Alvarado es su rector.

La compañía de Angélica Peregrina y otros colegas, también me resulta indeleble, así como la de varios amigos de Puerto Vallarta, entre los que Nacho Cadena destaca sobremanera.

Asimismo, debo agradecer al INAH haberme mantenido en sus filas, aunque sea interrumpidamente, durante 35 años, lo mismo que a sus actuales directivos Alfonso de María y Campos y, especialmente, a mi antiguo compañero de trabajo Luís Ignacio Sáinz.

Finalmente, a Patricia Núñez y a Laura Biurcos, debo agradecer sus buenos oficios para darle pronta vida tipográfica a este libro que está dirigido a todos los que quieran entender un poco más la *Esencia de Jalisco*.

Ficha técnica

Palabras más, palabras menos, lo que demuestra que unos se inspiran plenamente en otros, todos los diccionarios que he tenido en mis manos coinciden en decir que la palabra *destilar*, procedente del latín, significa principalmente “separar por medio del calor una sustancia volátil de otras que lo son menos, en un alambique u otro dispositivo adecuado, y enfriar luego su vapor para reducirla nuevamente a líquida”. También hay una palabra para ello que procede del árabe y se usó mucho entre los siglos XVI y XVIII: *alquitarar*.

La llamada por los técnicos “destilación simple” es la que permite obtener lo que hoy conocemos con mayor frecuencia como alcohol, palabra también de origen árabe —*kuhúl*— que significa más o menos “quemado”. Precisamente en su viaje por el norte de África aprendió a producirlo a principios del siglo XIII, según dicen algunos autores, el famoso médico catalán Arnau de Vilanova, para incorporarlo a la medicina “occidental” y, gracias a su poder de limpieza, hacer curaciones que maravillaron a sus coetáneos.

La destilación, decían los antiguos, era un modo de obtener el espíritu, como lo habían hecho griegos y romanos para fabricar perfume. Tal vez por ello es que la palabra *destilado* sirva también hoy para referirse a la esencia de un elemento determinado.

El alcohol se obtuvo primeramente del bagazo de la uva, vuelto a prensar después de sacarle el mosto habrá de fermentar para convertirse en vino. Lo que del bagazo se obtiene, se dejaba fer-

mentar igualmente, pero es pasado después por el alambique. En consecuencia, en muchos países de Europa Occidental antiguamente se le llamó de preferencia “espíritu de vino”, tal como antaño se lo oímos decir todavía algunos de nosotros a las abuelas y queda aún registrado en diversos diccionarios del español, del francés, del inglés, del italiano, etc.

Precisamente un producto destilado se convirtió desde hace tiempo en uno de los elementos característicos de Jalisco y uno de los principales motivos de la fama de esta tierra en el mundo, a pesar de las trapacerías que le han hecho propios y extraños. Se trata del tequila, el famoso aguardiente que se obtiene de un producto nativo de México como el agave azul, mismo que domina en una amplia franja central del paisaje jalisciense y ha sido uno de los temas cuyo estudio ha despertado mi interés académico y práctico.

Como este texto es el resultado de muchos años de estudio de la historia de Jalisco, lo mismo en busca de conocimientos nuevos que de elaboración de síntesis para su divulgación, en gran medida me he sentido como una suerte de alambique que ha ido destilando una y otra vez los conocimientos adquiridos con el ánimo de llegar a obtener lo más esencial, hasta donde ello pueda ser posible, como si fuera el caso del aguardiente que tanto me gusta.

Tales son las razones de que haya titulado estas páginas precisamente *Esencia de Jalisco* que, espero, degustaremos juntos, poco a poco, tal como debe hacerse con el mejor tequila.

PRIMERA COPA

¿De qué se trata?

La República Mexicana es una federación de 31 estados “libres y soberanos” de muy diferentes tamaños, geografía, composiciones humanas, determinantes económicas y cualidades culturales. No obstante, sus habitantes se consideran mexicanos y aceptan como su cabecera política indiscutible a la gran ciudad de México, que tiene ya excesivamente poblado y contaminado al Distrito Federal, donde se encuentran muy bien instalados los tres clásicos poderes republicanos.

En cada una de las capitales de los estados, con jurisdicción únicamente en su propio territorio, tienen su sede también un Poder Ejecutivo, encabezado por un gobernador, un Supremo Tribunal de Justicia y una Cámara de Diputados. El territorio de cada estado se divide en municipios, de una cantidad, extensión y demografía sumamente diversas.

Baja California, por ejemplo, tiene solamente cinco municipios, mientras que Oaxaca llega a 570 y Jalisco tan solo 125, después de haber tenido uno menos desde 1946. El más grande de los municipios mexicanos es el de Ensenada que sobrepasa los 52 mil kilómetros cuadrados y resulta más de la mitad de los 80 mil que tiene el estado de Jalisco y trece veces más grande que el más pequeño de todos, que es el de Tlaxcala, con poco más de 4 mil kilómetros. El mencionado Tlaxcala, por su parte, tiene casi un millón de habitantes y el municipio de Ensenada, menos de 400 mil. Jalisco, entre tanto, supera con creces los 6 millones de pobladores.

Todos los municipios están gobernados por un presidente que se cuenta entre un cierto número de regidores, determinado por el volumen de su población, pero que nunca podrá ser mayor de 21. Unos, constituyen la planilla que sacó la mayoría de votos, los demás están ahí de conformidad con la proporción alcanzada en el sufragio.

Se trata de un régimen federal que, de manera ininterrumpida ha subsistido desde 1867, aun cuando se estableció por primera vez en 1823, entre otras cosas por la fuerte presión que hicieron en su favor los habitantes de Guadalajara. Sin embargo, ha habido épocas en que la influencia del centro en todo el país ha sido mayúscula y, en la práctica, llegó a existir durante una muy buena parte del siglo XX un férreo centralismo. Por fortuna, ha ido menguando en los últimos años, aunque desgraciadamente no ha sido tanto el resultado de un equilibrado reparto tanto del poder como de la posibilidad de tomar decisiones y de un armonioso fortalecimiento de cada una de las entidades federativas, sino más bien consecuencia de un debilitamiento del poder central que resultó de sus muchas contradicciones y una buena dosis de incompetencia.

De cualquier manera, bien puede decirse que la práctica convirtió a los estados en auténticas “provincias” sumamente dependientes del gobierno central, lo que les restó mucha energía y redujo su capacidad de solucionar sus principales problemas particulares, mientras que la ciudad de México, convertida en una verdadera metrópoli, enfrenta ahora las graves consecuencias de la enorme sobrepoblación que fue propiciada por la excesiva acumulación de recursos, funciones y decisiones.

SEGUNDA COPA

Las primeras piedras

Pero lo que hoy es el territorio nacional no siempre vivió sometido así. En tiempos de lo que se ha dado en llamar el “Imperio Azteca”, cuyo poder y gobierno dio nacimiento y vida justamente a la ciudad de México-Tenochtitlan, bien puede decirse que la dominación de ésta nunca alcanzó hasta lo que hoy conocemos como el Occidente de México (Jalisco, Colima, Nayarit, una parte de Zacatecas y tal vez Aguascalientes) donde tonaltecas, tlajomulcas, tuxcacuescos, colimotes, etzatltecós, entre otros, vivían en comunidades relativamente pequeñas y bien arraigadas en sus respectivos lares y con marcada independencia entre sí.

Vale recordar que se interponía con el Valle de México el mundo de los purépechas o tarascos del actual estado Michoacán, el cual tuvo la fuerza suficiente como para mantener a raya a los poderosos mexicas.

En consecuencia, el legado cultural de los pobladores originales del occidente mexicano, y de Jalisco en particular, no implica la misma sumisión y dependencia cabal de la ciudad de México que sí se dio en otros lugares más o menos cercanos a ella y que después pertenecerían al virreinato de la Nueva España.

Menos influencia aún ejercieron los fundadores y primeros habitantes de la ciudad de México sobre grupos más belicosos y poco o nada sedentarios como los cazcanes, coras, huicholes y zacatecos, residentes al norte de los ríos Verde y Santiago. Tales corrientes de agua, gracias en parte a las profundas barrancas que socavaron, son consideradas por muchos estudiosos del

México Prehispánico como límites entre la vida nómada y la de quienes residían en un lugar fijo o, dicho en términos de aquella gente, entre el mundo náhuatl y el de los aguerridos chichimecas.

Pero no obstante su dispersión, parece ser que la mayor parte de ellos reconocían su centro religioso en las inmediaciones de la actual población de El Teul de González Ortega, en el estado de Zacatecas.

En realidad los españoles no se encontraron, como en el centro de México, con una organización política y social fuerte que, una vez dominada, pudiera servirles para encauzar mejor la explotación de su mano de obra y sus riquezas naturales y facilitar así su asentamiento. No hay más vestigios que de poblaciones relativamente pequeñas y poco dependientes una de otra. Se sabe de muy pocas que, como en el caso de Tonalá, hubiesen ejercido una cierta hegemonía sobre un territorio de cierta significación, sin que fuera tampoco gran cosa si se compara con lo que llegaron a dominar purépechas y mexicas en el mismo tiempo.

Tal falta de un gobierno general fuerte en tiempos prehispánicos, dio pie a que algún historiador del siglo XIX, imaginativo en exceso, concibiera y hallara seguidores en el sentido de que ello se debía a una casi endémica vocación federalista de los antiguos pobladores de estos lares. Incluso, hablaron de una “Confederación Chimalhuacana”, compuesta por cuatro grandes señoríos o *hueytlahtoanazgos* —palabra híbrida e inventada— y compuestas, a su vez, cada uno por un variable número de *tlahtoanazgos*. Desde pensar en una “confederación” resulta absurdo, además de que tampoco se percibe la razón del mote “Chimalhuacán”, pero se pretendió que el montaje sirviera para darle mayor fundamento a los deseos autonómicos de los jaliscienses que se manifestaron con mayor energía hace casi dos siglos.

Pero el hecho de que no haya vestigios de un centro de población, especialmente grande y poderoso, que hubiese sido capaz de imponer su ley en toda la región poco antes de la Conquista

española, lo cual dio lugar a una dispersión del poder, no implicó curiosamente que hubiese una gran diversidad cultural, sino todo lo contrario. Además de que la toponimia indígena apunta casi toda a una manera de hablar derivada del náhuatl, como en el Altiplano mexicano, hay también en lo que ahora es Jalisco, Colima y una buena parte de Nayarit fuertes coincidencias religiosas, funerarias, urbanísticas y cerámicas. Ello abona en favor de la idea de que en tiempos mucho más remotos, tal vez durante el apogeo de los toltecas, hubo sí estrechas relaciones con el centro de México y tal vez hasta haya existido una organización política hegemónica y de mayor envergadura que haya tenido, como se sugiere, su sede en las inmediaciones de Teuchitlán (“Lugar donde se veneran los dioses”), precisamente en el sitio de llamados *Guachimontones* —término extraño y en apariencia poco feliz, pero de uso muy remoto.

De cualquier manera, gracias en parte a la abundancia de materiales propicios para ello, desde tiempos prehispánicos se desarrolló la tradición alfarera que aún hoy deja sentir su gran importancia económica, social y cultural.

Búsqueda de más oro y expansión

Al quedar la gran ciudad de México-Tenochtitlan en poder de los españoles, en 1521, y, sobre todo, cuando los conquistadores tuvieron acceso a la famosa *Matrícula de Tributos* de los mexicas, con su vasta información sobre la procedencia de los metales preciosos que llegaban a la capital de los mexicas, Hernán Cortés empezó a despachar en su búsqueda diversas expediciones por diferentes rumbos cardinales que los historiadores modernos han llamado “radiales”. Tales expediciones radiales habrían de ser precisamente las que definirían básicamente lo que habría de ser el vasto territorio del virreinato de la Nueva España.

Una de ellas, tomó por el oeste el camino de Tzintzuntzan, ciudad principal de los purépechas, con quienes se entendieron fácilmente gracias a las buenas credenciales que significaban el haber vencido a sus enemigos ancestrales. De hecho, lo primero que se estableció entre michoacanos y españoles fue una especie de convenio de no agresión que les franquearía el paso a los recién llegados de ultramar.

De esta manera, a fines de 1522, los conquistadores españoles siguieron hacia el poniente en pos de los yacimientos de metales preciosos que abastecían a Michoacán; mas a pesar de que el oro y la plata encontrada en poder de todos los indios no satisfacía ni siquiera mínimamente su voracidad o su necesidad, los enviados a Michoacán y luego a Mazamitla y Tuxpan, en el sur del actual Jalisco, siguieron adelante en virtud de que tenían también el encargo de localizar un adecuado fondeadero en el

Océano Pacífico que pudiera servir de base para emprender expediciones hacia el poniente, en pos de las riquezas en mayor medida legendarias de lo que desde Europa se antojaba un “oriente” muy lejano, pues habían sido atisbadas por expediciones que habían viajado en esa dirección. Aunque suene extraño, por la ruta del atardecer se habrían de alcanzar los parajes del reino del “Sol Naciente”.

Esta doble intención hispana —aurífera y portuaria—, dio lugar a que, a partir de 1523, gente enviada por el propio Cortés fundara la ciudad de Colima, aunque su asentamiento original no hubiese tenido lugar en el mismo sitio donde se halla ahora.

Posteriormente, un pariente suyo, de nombre Francisco Cortés de San Buenaventura, salió de Colima hacia el norte hasta llegar a Cihuatlán, donde no encontró las muchas mujeres a que la etimología de este topónimo hace alusión. De ahí remontó a la Sierra Madre para ir estableciendo pobladores hispanos a “sangre é a fuego” por Tuxcacuesco, Autlán, Etzatlán y Xochitepec (hoy Magdalena). Igualmente, este Cortés incursionó en el actual estado de Nayarit, llegando quizás hasta el río Santiago, poco antes de su desembocadura, mas no consideró ya viable el asentamiento de españoles por esos rumbos ni conveniente avanzar más hacia el norte, de manera que regresó a Colima, dicen que siguiendo por la costa. Otros autores opinan que fue en realidad el profundo y quebrado Plan de Barrancas, en las inmediaciones de Magdalena, donde muere la Sierra Madre Occidental y nace la del Sur, el accidente geográfico que contuvo esta expedición de españoles y pocos indios y tal es, precisamente, la razón de que no haya dejado asentamientos de europeos al norte de estos lugares.

Como quiera que haya sido, los núcleos poblacionales que logró establecer con éxito influyeron sobremedida en la división política de la región durante muchos años, ya que habrían de pertenecer a la Nueva España que, como se dijo, quedó constituida básicamente por las tierras ganadas para la Corona por las huestes de Hernán Cortés.

Una conquista “autonomista”

Sabemos bien que las autoridades españolas se afanaron en crear dificultades y segar la hierba bajo los pies de quienes más se habían significado por sus empresas de conquista. Con argucias y disposiciones de todo tipo, legales o no, por el temor bien fundado de que acabaran haciendo lo que les viniera en gana aprovechándose de la enorme distancia que mediaba entre los territorios conquistados y la sede de la Corte así como del desconocimiento que prevalecía en ésta de lo que eran las tierras americanas y la gente y los productos que en ellas se criaban. A ello se debió que no se perdiera oportunidad y sí se buscaran las ocasiones para sustituir a los conquistadores más destacados por funcionarios más sumisos que ambiciosos, con más conocimiento de leyes y cánones y menos arraigo y amigos en América; funcionarios que eran, además, fácilmente reemplazables o trasladados de un lado para otro, según conviniera al propio gobierno peninsular y así lo dispusiera. Pero no siempre les salió bien el tiro...

El principal enemigo de Hernán Cortés fue el abogado Nuño Beltrán de Guzmán, enviado primeramente por la Corona, en 1527, a gobernar la Provincia del Pánuco, en el norte del actual Veracruz, donde amasó una considerable fortuna vendiendo indios como esclavos a las islas del Caribe, aprovechando la escasez de mano de obra en estos lugares que los mismos españoles habían provocado gracias a su mano excesivamente dura.

Sin perder este empleo, al año siguiente pasó Nuño a la ciudad de México en calidad de primer presidente de la Real Au-

diencia, establecida para comenzar a darle un orden institucional a la incipiente colonia y atender las confrontaciones legales que ya se empezaban a producir entre los conquistadores de la ciudad de México. *Motu proprio*, con el beneplácito oficial o de plano siguiendo instrucciones, Guzmán arremetió contra las posesiones, los amigos y los socios de Cortés, quien se encontraba en España buscando mejorar sus bonos y desvanecer acusaciones e intrigas en su contra.

Además, Nuño se granjeó como enemigos a los seráficos padres de la orden de San Francisco cuando no dejó que el obispo Juan de Zumárraga se le sobrepusiera. De este enfrentamiento, primero entre la Iglesia y el Estado, salió Nuño de Guzmán bien librado al principio, pero se ganó la inquina sempiterna de los seguidores de San Francisco de Asís, quienes coadyuvaron por una parte a encoger la buena voluntad que la Corona le tenía a Guzmán y, por la otra, a que toda su historiografía ulterior debida a los frailes se conjugara para que la posteridad recordara a Guzmán como el más perverso de los conquistadores. El “muy magnífico y malévolo” lo calificó cuatrocientos años después José Cornejo Franco, el más destacado historiador jalisciense de mediados del siglo XX.

No se quiere decir que dicho personaje haya sido un alma de Dios, pero sí que sus “crueldades” no resultaron especialmente mayores que las de sus compañeros y demás capitanes que surcaron “a fuego é a sangre” las tierras americanas.

Cuando supo Nuño de Guzmán que Hernán Cortés había emprendido ya el viaje de regreso a México, habiendo desacreditado a sus desacreditadores y bien fortalecido por la propia Corona, decidió emprender su propia conquista en dirección a tierras del noroeste, hacia lo que él mismo llamó el país de los “teules chichimecas”, con ánimo de sumarlo a su gobernación del Pánuco y disponer de una vasta jurisdicción que tuviese, al igual que la

Nueva España, costas en el Golfo de México y en lo que entonces se llamaba la Mar del Sur.

Con esa idea, al comenzar 1530, llegó Nuño a Tzintzuntzan, donde sometió al tormento de que tanto se ha hablado al *caltzontzin* de los purépechas, a fin de obtener información sobre el paradero del último gramo de oro y plata que le hubiesen dejado los enviados de Cortés. Luego pasó por donde después se establecería la población de La Barca, que era el mejor sitio para cruzar el entonces mayor caudal del río Lerma, e hizo su formal entrada a tierras aún “no colonizadas ni pacíficas”; sin embargo, no pudo establecer en sus dos primeros intentos conexión alguna con el Pánuco, “en virtud de que la tierra firme en estas latitudes era considerablemente más ancha y arisca su gente de lo que se suponía entonces”.

El primer intento se produjo después de vencer en Tonalá y conseguir la sumisión de la Cihualpilli —que gobernaba el lugar: pasó la barranca de Huentitán y se dirigió hasta Nochistlán, en el actual estado de Zacatecas, y parece que alguno de sus capitanes llegó incluso hasta cerca de donde hoy se yergue la ciudad de Aguascalientes. Pero no se animó a seguir más al Oriente y regresó entonces en dirección de la costa del Pacífico, cruzó de nuevo la Barranca famosa y se topó con Etzatlán y Xochitepec, ya poblados por españoles que dejara Cortés de San Buenaventura.

Reforzado y después de un reposo, marchó por los verdes suelos de Nayarit hasta los parajes donde él mismo habría de fundar San Miguel de Culiacán y, desde ahí, intentó de nueva cuenta llegar hasta la provincia del Pánuco: cruzó la Sierra Madre Occidental —muy encrespada en aquella latitud— y caminó muchos días en dirección al Oriente, mas no parece haber ido más allá de las fuentes del Nazas... En aquellas latitudes la distancia entre una costa y la otra es todavía más grande.

Desanduvo, pues, su camino hacia el sur con ánimo de consolidar la conquista de lo que pretendió llamar la “Mayor Espa-

ña”, con base en la Villa del Espíritu Santo, que ubicaría donde hoy se encuentra Tepic, a la que Su Majestad ordenó que se le llamara Compostela “con los mismos privilegios que la de España”, en tanto que al territorio que ahora encomendaba oficialmente al gobierno de su conquistador, disponía que se le diera el nombre de Nueva Galicia, conforme al ánimo de reproducir en América, hasta donde se pudiera, la nomenclatura y la fisonomía geopolítica peninsular. Por eso fue que a Punta de Mita, donde se cierra Bahía de Banderas al norte, se le llamó durante un tiempo Cabo Finisterre, igual que la protuberancia más occidental de España, y en el camino que va de México a Nueva Galicia apareciesen nombres de poblaciones españolas que en España se encuentran en la misma dirección: Valladolid, Salamanca, León, Zamora, etc. El mismo río que pasa por esta última y próspera población michoacana recibió el nombre de Duero.

Entre las primeras disposiciones de Guzmán, una vez asentado en la Villa del Espíritu Santo o Compostela, con ánimo de empezar a organizar la vida en la nueva colonia, destaca la de fundar Villa de Purificación, hacia el sur, con ánimo de que su jurisdicción avanzara lo más posible hacia lo conquistado por Cortés de San Buenaventura. A su vez, encargó a Juan de Oñate que marchase al oriente y, cerca del Nochistlán que ya conocía, fundase otra villa que propiciara la realización de su consabido deseo de alcanzar la Provincia del Pánuco. Aunque precario y efímero fue éste el primer asentamiento de Guadalajara, que nació en los primeros días de 1532. Por fin, en 1536, logró Guzmán viajar desde Compostela hasta el dicho Pánuco. Al pasar por Guadalajara-Nochistlán accedió a los ruegos de los pocos españoles que la habitaban de permitirles emigrar más al sur, dado que los “naturales” eran muy ariscos y no se sometían fácilmente al trabajo manual que pretendían imponerles los conquistadores ahora en proceso de colonizar. Recuérdese que estos esforzados personajes fueron capaces de afrontar grandes fatigas y sufriendo

tos, pero el deseo de trabajar no se les daba, en virtud de lo denigrante que representaba para la concepción que se tenía de lo que tenía que ser la vida de un “hidalgo” o un hombre de bien y de bienes.

Por otra parte, el empeño de Guzmán para llegar al Pánuco sirvió únicamente para enterarse de que hacía tiempo que había sido destituido y que se había nombrado ya otro gobernador, por lo que de inmediato se volvió por donde había llegado con el ánimo de concentrarse en el gobierno y la explotación de Nueva Galicia.

Por eso fue que, al caer en la cuenta de que los pobladores de Guadalajara, después de haber abandonado Nochistlán, se habían establecido en Tonalá, que era tierra fértil y su población sedentaria era fácilmente sometida para las tareas agrícolas, los mandó con cajas destempladas al otro lado de la Barranca, cerca de la población de Tlacotán.

De esta manera, Nueva Galicia nació prácticamente independiente de Nueva España, mas no con la envergadura que Guzmán había imaginado, precisamente por no colindar con el Golfo de México y depender de la ciudad de México para su comunicación con España, además de no haber hallado aún vestigios de ricos minerales o la mano de obra suficiente para que los conquistadores pudieran compensar mediante el aprovechamiento intensivo de su mano de obra la carencia del oro y la plata en que tanto soñaban.

Guzmán siguió los pasos de Cortés y marchó a España en pos del respaldo para seguir adelante, pero sin saber que ya tenía sucesor también aquí. De tal manera, fue aprisionado y enviado a la Corte como prisionero, pero ya fue retenido y reinstalado en su antiguo puesto. Ser de “buena familia” le valió, a la postre, un mejor trato que el que le daría a fin de cuentas la Corona a Hernán Cortés.

QUINTA COPA

La gran revuelta y su “pacificación”

Debe decirse que aquella población indígena, acostumbrada al ir y venir de gente por sus territorios, permitió fácilmente y sin mucho resquemor el asentamiento de los españoles. Pero en cuanto cobraron conciencia de que éstos no pensaban irse y de que su presencia les representaba un cambio sustantivo a su ancestral modo de vida, máxime en el caso de aquéllos que residían al norte del río Santiago hechos a un modo de vivir casi nómada, encabezaron una de las mayores rebeliones que se han visto en América. No es exagerado suponer que a causa de ello a punto estuvo de fenecer toda la colonización del Occidente de México, omitiendo el hecho de que se encontraron vestigios de rebeldes y de su mensaje en lugares tan lejanos como Tlaxcala y Oaxaca. Bien se dice que solamente la rebelión de los araucanos en Chile, al sur del gran caudal del Biobío, fue de similar magnitud.

En 1538, Diego Pérez de la Torre acababa de suceder a Guzmán en el gobierno de Nueva Galicia, en lo que éste se acabaría reintegrando a su antiguo empleo en la Corte después de pasar algunas peripecias en la ciudad de México que incluyeron una temporada preso. Pero no le duró gran cosa el gusto al nuevo gobernador, pues falleció a causa de las heridas que le causaron las huestes rebeldes encabezadas por Huaxícar, cerca de Xochitpec-Magdalena; varios frailes y encomenderos corrieron igual suerte en el trienio ulterior. Incluso, en 1541, el mismísimo Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala y autor de la tristemente famosa “matanza del Templo Mayor de México”, pereció

por causa de un caballo que le cayó encima al huir precipitadamente de los cazcanes que, encabezados por Tenamaxtli, lo habían rechazado en su ataque a los rebeldes en el peñón de Nochistlán.

Para salvar a los colonos fue necesaria la intervención de Antonio de Mendoza —desde 1535 convertido en el primer virrey de Nueva España—, con todos los recursos a su alcance para masacrar a los insurgentes. Las crónicas hablan de veinte mil expedicionarios que tardaban más de tres días en pasar arrasándolo todo. Se dice que los propios indígenas, rebeldes o no, que se hallaban en los lugares por donde pasaba y no podían huir, preferían tirarse a los barrancos con todo y sus familias antes de caer prisioneros.

Pocos sobrevivieron a la matanza y menos los que no lograron huir hacia el norte y remontarse a parajes que, de momento, no eran del interés hispano. Incluso se dio el caso de españoles que, arriesgándose incluso a ser mandados ejecutar por Mendoza, decidieron esconder a indios que tenían encomendados para no quedarse sin ellos y verse obligado a realizar sus faenas.

Las armas mendocinas, según se contaba, contaron con la ayuda de Santiago, montado en su caballo blanco, que mató indios por doquier, lo mismo que el Arcángel San Miguel, precisamente cuando los indios atacaron la tercera Guadalajara el día de su advocación, el 28 de septiembre, lo cual le valió a este último ser declarado Patrono de la ciudad y venerado como tal durante muchos años. De ello no se acuerda hoy casi nadie, debido a la connotación colonial del caso.

Sin embargo, a pesar del mismo carácter represor o “pacificador”, la imagen de la Virgen que se venera en la espléndida Basílica de Zapopan, goza hoy de una inusitada popularidad.

La pequeña figura, fabricada con cañas de maíz en Pátzcuaro, fue esgrimida por el franciscano Antonio de Segovia para convencer a los indios de que se pusieran en paz.

Precisamente el prestigio que ganó en la gesta el fraile le valió intervenir con éxito para que Mendoza perdonara la vida a un encomendero que había escondido y salvado de la muerte a varios de “sus indios”.

La estatuilla fue dejada en Zapopan el día de la Concepción de 1541, en una enramada que se convirtió en altar. Después de varias mejoras la sede de esta imagen de la Virgen acabaría siendo una espléndida basílica enmarcada por un gran convento franciscano. Al mediar el siglo XVIII, la imagen empezaría a recorrer la ciudad de Guadalajara durante la temporada de lluvias para evitar inundaciones y proteger a sus pobladores de la peste. Aunque no parece haber tenido nunca mucho éxito, el día de su regreso que, desde mediados del siglo XX se lleva a cabo el 12 de octubre y no el día de San Francisco, lo hace acompañada de millones de personas.

Hay otras vírgenes en Jalisco que gozan de gran prestigio y atraen también caudas de peregrinos, como la del Rosario de Talpa o la de San Juan de los Lagos, pero en un solo día ninguna supera a la de Zapopan que, por cierto, al mediar el siglo XVIII le fue cambiada, no sabemos porqué, su advocación de la Inmaculada Concepción por la de la Expectación. Tal vez en virtud de que era la misma que tenía la Virgen de San Juan.

Una colonia marginal

La tierra alzada recobró la paz en 1542 y la Nueva Galicia quedó de momento bajo la cabal autoridad del virrey de Nueva España; pero, en 1548, se crearía una Real Audiencia que habría de acabar instalándose finalmente en Guadalajara —ahora asentada en el Valle de Atemajac— cuando esta población se convirtió en capital del nuevo reino en 1560. Vale advertir que en ciertos asuntos mayores dicha Audiencia dependería al principio de su homóloga de México, aunque después sería independiente casi por completo.

También fue declarada Guadalajara, en 1560, oficialmente la sede del obispado que se había fundado en 1546, aun cuando, de hecho, el mitrado ya estaba residiendo ahí.

De esta manera comenzaría a desarrollar la incipiente población, aunque ya tenía el título de ciudad desde 1539, con escudo y todo, el carácter administrador que aun conserva.

No obstante, la ilusión de que Nueva Galicia fuese independiente de la Nueva España se desvaneció al establecerse que su autoridad militar sería el propio Virrey. Por más empeños que en diversas ocasiones se empeñaron intensamente en ello, los pobladores de Nueva Galicia no pudieron sacudirse nunca esta tutela.

De cualquier manera, el Nuevo Reino de Galicia mantuvo durante toda la época colonial fuertes rasgos de autonomía respecto del virrey novohispano. Mismos que tendieron a incrementarse con el tiempo y en la medida que su población crecía.

La pretensión era la de depender directamente de España mediante la creación de un virreinato independiente de México. Como es natural, aunque los deseos no lograron esta tendencia, sustentada en conveniencias socioeconómicas reales, habría de influir sobremanera en el ánimo de quienes marcaron el paso cuando fue creado, a mediados de 1823, el Estado Libre de Jalisco, a poco de haberse consumado la independencia de España de todo lo que es hoy el territorio nacional mexicano.

Asimismo, las cajas reales tendrían que enterar siempre lo recaudado a la ciudad de México para que de ahí se enviaran los caudales a España. Y también, una vez descubiertos los riquísimos minerales de Zacatecas en 1548, cuando la hegemonía del virrey de Nueva España en Nueva Galicia era total, se establecieron los mecanismos adecuados para que la plata viajara directamente a México, sin pasar por Guadalajara, lo que resultaba a todas luces más práctico, dado que su destino final era la Península o su amonedación en la ceca de México, la única que había entonces. Como quiera que haya sido, la medida le restaría importancia a los tapatíos, aunque lograron aprovechar un tanto el movimiento de las “conductas” de metales fundando en 1562 la ciudad de Santa María de los Lagos y luego la de Aguascalientes, en uno de los caminos que seguían de norte a sur, por la vía de León y Celaya. En el otro, en la dirección de San Felipe Torresmochas, fundaron el pueblo de Ojuelos, pero con un éxito mucho menor.

A cambio, hacia 1606 habría de fundarse la provincia franciscana de Santiago de Jalisco, que le dio a los frailes de esta regla, que fue la que adquirió una importancia mayor en el Occidente mexicano, una cabal independencia del convento de México.

La Inquisición, por su parte, también rendiría cuentas a México y seguiría en todo las instrucciones de dicha ciudad, lo mismo que el mercadeo legal viviría durante casi toda la época colonial bajo el monopolio de su Consulado de Comerciantes,

hasta que en 1795 se creó el de Guadalajara. Pero el monopolio y demás mecanismos de dominación se contrarrestaban con un control muy laxo de la conducta y de las conciencias y con la muy abundante llegada de mercancías de contrabando por la costa del Pacífico y, sobre todo, desde el Golfo por la vía de San Luis Potosí y Lagos. De ahí que, al mediar el siglo XVII, fuese surgiendo la feria de San Juan, en la jurisdicción de Santa María de los Lagos —hoy Lagos de Moreno—, de donde se abastecerían anualmente de suntuarios artículos europeos los colonos de las vastas extensiones de tierras del norte, del occidente y del noroeste. Imbricado con la feria comercial fue que se desarrolló en San Juan el culto a la imagen de la Inmaculada Concepción que allí se encuentra y la enorme concurrencia que existe durante todo el año. Una conseja que corre es que el templo de San Juan es el que más dinero recauda de todo el mundo católico y el que más entera al Vaticano.

Como puede verse, la vocación o conveniencia de adquirir mercancía ilegal, no es una novedad entre los jaliscienses.

“Ventajas” de la compleja burocracia

Una medida que habría de fortalecer al gobierno de Nueva Galicia, aunque confundiría a los pobladores y complicaría muchos aspectos de la administración, fue que el gobernador resultase ser siempre, además, presidente de la Real Audiencia de Guadalajara, cuya jurisdicción era mucho mayor que la de Nueva Galicia.

Lo que hoy se conoce como el sur de Jalisco y que fue conocido durante la época colonial como la Provincia de Ávalos, es significativo de esta confusión. Formaba parte, junto con Magdalena, Etzatlán y Jocotepec, de la Nueva España y su autoridad política era el virrey, pero en materia judicial dependía de Guadalajara y de su presidente-gobernador. Las consecuentes disputas por la autoridad que permeaba de tales sobre posiciones administrativas dejaban, a fin de cuentas, a los habitantes de la tierra en condiciones de cumplir mínimamente las órdenes que juraban obedecer. De ahí la socorrida fórmula con que se tachaban frecuentemente los mandatos que venían de España: “obedézcase pero no se cumpla”.

Debatiéndose entre la “autonomía y la dependencia” respecto de la Nueva España, sin participación efectiva de las riquezas minerales zacatecanas, el sur de Nueva Galicia, de donde surgió gran parte del estado de Jalisco actual, quedó a merced de su modesta agricultura y una mesurada ganadería. Era, como se apuntó, un rincón apartado del imperio español, un “camino a ninguna parte” que resultaba poco atractivo para otros inmigrantes y daba sólo opción a comerciar en pequeño. La corta edad de

sus obispos y el tránsito ulterior de casi todos a mitras más productivas confirma el escaso atractivo que tenía Guadalajara para el mundo hispano, lo que hacía de ella un sitio tranquilo y de sus habitantes, gente apacible y obediente si se le dejaba en paz y no se le violentaban sus costumbres y usos.

Un ejemplo de autonomía real lo constituye la llamada “pequeña guerra de Guadalajara”, en ocasión de que el virrey quiso hacer válida hacia 1575 la prohibición de que los funcionarios reales contrajesen nupcias con mujeres oriundas de la tierra. Era éste un mecanismo de incorporación de los peninsulares a los intereses de los criollos adinerados, en aras de asegurar que su administración les resultase favorable y que su entusiasmo, relaciones, competencia y, sobre todo, ambiciones.

La dicha disposición no causó mayores trastornos por más de una década, pero el matrimonio de algunos funcionarios españoles que, si bien dejaban el empleo, habían servido muy bien a la familia de la novia antes de casarse, produjo fuertes resquemores entre las autoridades de España y se envió la orden de hacer cumplir con el mandato, a la que poco caso le hicieron, como era costumbre, los miembros de la Audiencia local. Por tal motivo, y ante la insistencia peninsular, en 1589, el virrey se vio obligado a enviar tropas a Guadalajara, mas los tapatíos aprestaron sus armas en vez de amedrentarse. Poco faltó para que se produjera la confrontación, pero finalmente no se suscitó el encuentro gracias a que el obispo convenció a las tropas del virrey, que tampoco venían con muchas ganas de pelear, de que su esfuerzo resultaría inútil y de que era mejor de que se regresaran por donde habían venido con la promesa de que las cosas se enmendarían, pero todo siguió igual.

De esta manera, la riqueza que los conquistadores no pudieron haberse con las armas y la conquista, una vez obtenida por los criollos con base en la explotación intensiva de los indígenas, podía ser ganada por los peninsulares en el tálamo.

Al parecer, dada la poca dedicación a las tareas productivas que era frecuente entre los vástagos adinerados de Guadalajara y la devoción de las familias acomodadas por todo lo que venía de la Metrópoli peninsular, y después de cualquier parte de Europa occidental, la vía del matrimonio ha sido muy socorrida en nuestra tierra para que a los jóvenes emprendedores, siempre y cuando procedieran de ciertos lugares de prestigio, les haya llegado la fortuna con prontitud.

OCTAVA COPA

La forja de la nueva sociedad

Por otra parte, vale considerar que el enorme descalabro demográfico de la población indígena, iniciado con la conquista misma, se acrecentó con la represión a los cazcanes rebeldes y más aún con el cambio de alimentación y de régimen laboral al que fueron sometidos los pobladores originales para que la colonización resultara más productiva, con el natural descenso de la fecundidad y las consecuentes epidemias de males hasta entonces desconocidos en América, además de otras calamidades.

Ello impulsó a los españoles, cuando mediaba el siglo XVII, a proteger en verdad dicha mano de obra mejorándole sus condiciones de vida. Asimismo, para sustituir la que hacía falta, se adquirió mano de obra negra esclava, más abundante en Nueva Galicia y Guadalajara de lo que a veces se reconoce y gustaría, que también padeció gran mortandad. Pero con el tiempo y la inevitable adecuación de unos y otros a las circunstancias comenzó un incremento de la población que con sólo algunos paréntesis debidos a epidemias, unos, y a luchas internas, otros, no se ha detenido hasta la actualidad.

Un ejemplo de adecuación a las nuevas condiciones es el platillo regional que conocemos con el poco sugestivo nombre de "birria". Éste consiste en el uso de múltiples especies y un horneado intensivo y largo que logran desodorizar y ablandar la carne de los chivos que proliferaron entre Guadalajara y Zacatecas y otros muchos lugares, hasta convertirse en verdaderas plagas para los campos de cultivo e incluso atentatorios contra la

seguridad de los viajeros. Sin duda, la necesidad de mermar su población y aprovecharlos como alimento aguzó el ingenio de las cocineras indias y mestizas en aquellos lugares donde los viajeros rendían su jornada y ponían en sus manos los animales que habían matado durante el trayecto.

Aún hoy, los “centros birrieros” más notables siguen siendo cruces de caminos como Acatlán y Zapotlanejo y demás lugares en que la presencia de los arrieros se dejaba sentir con mayor intensidad. En la ciudad de Guadalajara, por ejemplo, el área más representativa y socorrida sigue siendo las “Nueve Esquinas”, mismas que se producen por la llegada a la cuadrícula urbana del camino Real de Colima.

La pasividad regional cambió radicalmente en el siglo XVIII al sobrevenir un desarrollo que no se había conocido antes. Sin embargo, vale tener presente que sus grandes beneficios se derramaron y se dejaron ver solamente entre unas cuantas familias criollas, bien cimentadas en diversas actividades que se complementarían con lo que pasó a ser entonces la actividad más productiva: el comercio.

Desde entonces a la fecha, tal actividad ha sido la que ha dejado una impronta mayor, lo mismo en Guadalajara que en las principales poblaciones que hubo en el actual estado de Jalisco.

Resulta que la colonización del noroeste, comenzada básicamente por los jesuitas encabezados por Eusebio Kino y Juan María de Salvatierra, al finalizar el siglo XVII, que culminó durante la centuria siguiente cuando expedicionarios neogallegos llegaron hasta Vancouver y Alaska, hizo que cambiara por completo el carácter marginal de la región de Guadalajara y se convirtiera en un sitio de tránsito obligado para las mercaderías y la gente que marchaban a la Pimería Alta, a las Californias, hasta Nutka y aun más allá. De ahí que, en 1768, se fundara el puerto de San Blas que, además de recibir a la Nao de China en las ocasiones que no conviniera su atraco en Acapulco, fortaleció el tráfico

con el noroeste y le dio una mayor vida a la comunicación con las costas de Centro y de Suramérica, especialmente con Perú y Panamá y también un poco con Chile. Todo ello, no obstante que propios y extraños coinciden en que el sitio escogido distaba mucho de ser bueno: poca profundidad de las aguas y un entorno terrestre sumamente insalubre.

Vale consignar también que ayudó al despegue mercantil la llegada de los llamados “panameños”, a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Eran estos comerciantes españoles jóvenes, pero ya con buena experiencia mercantil, que habían residido en Panamá y mantendrían ligas con empresas en expansión asentadas en este lugar. La incorporación de sus habilidades y conocimientos contribuyó mucho a desarrollar el comercio y, por supuesto, acabaron integrándose perfectamente con la oligarquía local contrayendo nupcias con damiselas de tal estirpe.

En torno a la actividad mercantil se produjo entonces el despegue económico neogallego y, por lo mismo, se incrementó la vocación autonómica de sus habitantes, al extremo, como se dijo, de que alrededor de 1750 se reclamaba ya con insistencia la creación de un virreinato nuevo que conjuntara Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, dejando iclaro está! su capital en Guadalajara.

Apoyar y justificar la creación de dicho virreinato fue precisamente la intención primordial del abogado Matías de la Mota Padilla cuando escribió su voluminoso libro *Historia del Reino de Nueva Galicia en la América Septentrional*, que constituye la primera visión general del pasado de dicha entidad. Cien años antes que él, Antonio Tello, franciscano, había escrito también muchas páginas de una *Crónica Miscelánea de la Sancta Provincia de Jalisco*, que incluso le resultó muy útil a Mota, pero en sentido estricto su intención fue diferente, pues era, como estilaron los frailes de la época, ensalzar la evangelización y los méritos de la orden a que pertenecían.

En general, puede decirse que la actividad cultural, hasta entonces muy pobre, comenzó a adquirir un cierto ímpetu. Se reconstruyeron y erigieron iglesias y conventos, se remodelaron casas, aparecieron segundas plantas y en sus interiores obras de arte más o menos bien logradas que solían traerse de otros lugares, aunque también empezaron a dejarse ver algunos artistas locales. Se establecieron servicios públicos y hubo que darle vida en Guadalajara a su primer cuerpo de vigilancia y en algunas esquinas al alumbrado público, pues apareció también la delincuencia en virtud de que el desnivel entre ricos y pobres se hacía más evidente.

Pluralidad regional

Ayudó también al desarrollo de las ideas el entonces joven Seminario Conciliar de San José, fundado en 1699, y el hecho de que los jesuitas elevaran el nivel de su enseñanza —hasta que fueron expulsados en 1764— y los felipenses se dejaron sentir.

También fue en ese siglo cuando cobraron forma más definida diferentes comarcas que, a partir de 1786, constituyeron la Intendencia de Guadalajara, muy similar al posterior estado de Jalisco y que incluía al actual Nayarit, cuyo territorio fue separado formal y definitivamente de Jalisco en 1884.

El eje económico principal de la región lo constituía precisamente la ruta Guadalajara-San Blas, lo que dio lugar al crecimiento notable de la ciudad de Tepic, la primera población de importancia que se encontraba después de abandonar las insalubres condiciones costeras.

Tierras arriba, hacia el oriente, en el interior de la Sierra Madre Occidental, sobrevivían con dificultades coras y huicholes, herederos de la insumisión de los habitantes originales de estas tierras, aunque en 1721 los españoles logran alcanzar el corazón de su territorio pero sin lograr asentarse en él, precisamente por lo alejado que estaba de su mundo y lo difícil del acceso.

Del otro lado de la cordillera se localizan todavía los dieciochescos minerales de Bolaños, con su larga historia de recuperaciones y abandonos, así como las planicies de Colotlán, cuya base agrícola no le dio a sus habitantes tanta riqueza como los minerales, pero sí una mayor estabilidad, además de que su proximi-

dad a las rutas que conducían a Zacatecas le permitió también contribuir en beneficio propio al surtimiento de sus minas, más antiguas, consistentes y ricas que las de Bolaños. Por lo mismo, nació en Colotlán una artesanía que adornaba con “pita” objetos de cuero ostentados por quienes arreaban los grandes hatos para dotar a las minas de las enormes cantidades de piel vacuna, indispensable para sus correajes, y de la carne que devoraban quienes vivían en tierras de pocos recursos alimenticios.

Tales arrieros tenían su residencia en los llamados Altos de Jalisco, ubicados entre los centros mineros del norte y el lago de Chapala: el enorme agostadero al que era necesario llevar miles de reses en tiempo de secas extremas para que pudieran beber. Aunque habitualmente los repositorios de agua que había, especialmente entre Lagos y Aguascalientes, resultaban más que suficientes.

De Los Altos había sido arrasada la escasa población indígena y la tierra ofrecía posibilidades modestas, de manera que sus pobladores complementaban el pobre rendimiento de aquellas propiedades ancestralmente pequeñas, precisamente por la falta de mano de obra indígena, haciendo largos viajes a caballo hacia los minerales del norte, ya fuera en Zacatecas o Durango, con miles de cabezas de ganado vacuno cuyo cuero para el correaje, el cebo para hacerlo más terso e iluminar los socavones y la carne para comer, les resultaba indispensable.

Nació así este afamado personaje, en cierta medida *clasemediero*, ducho en el manejo del caballo, de la soga y de las armas, de espíritu inquieto, pero al mismo tiempo dispuesto a sacrificarlo todo para preservar el rancho de su pertenencia, en el que se resguardaba y se perpetuaba lo suyo. Con el tiempo, ya muy andado el siglo XIX, se le importó de Salamanca, en España, el apelativo de *charro*, quizá por que también vestía con cierta ostentación, con generosa cantidad de plata en su ropaje, por su habilidad en

“las cosas de la jineta” y una capacidad especial para el manejo de vacunos.

La diferencia primordial entre ambos es que unos manejan una especie de garrocha para controlar el ganado y se mueven en espacios más pequeños, mientras que los charros alteños, lo criaban en su tierra pero al merecer lo transportaban a grandes distancias, donde no había condiciones para que sobreviviera todo el año y en tales espacios abiertos la sogá resulta mucho más útil.

“Tierra de hombres ausentes”, llamó el gran escritor Victoriano Salado Álvarez a su natal Teocaltiche y a toda su comarca, de donde la charrería se abastecía del trabajo en madera más delicado. Los artículos de madera “repujada” con hueso de Teocaltiche se complementaba con el cuero *pitiado* de Colotlán, para elaborar sillas de montar, “fajos”, cartucheras y fundas de pistola o machete, perfectamente bordados con pita traída de las inmediaciones de Tequila o hasta del rumbo de Apam, según se prefiriera, la más corriente del agave tequilero o la de mejor calidad del maguey pulquero.

Entre Teocaltiche y Colotlán se encuentra el cañón del río Juchipila, que sirvió de escenario principal a la más famosa novela de la Revolución, *Los de abajo*, obra en buena medida testimonial del escritor laguense Mariano Azuela.

En sus márgenes se daba buena palma para hacer sombreros de ala muy ancha que permitían a los arrieros guarecerse bien de los fortísimos aguaceros y del sol, en el que casi no hay árboles lo suficientemente altos como para proteger de él, así como también para esgrimirlos o brandarlos como banderas para azuzar el ganado.

El ir y venir de los charros sirvió al mismo tiempo para que cobrara mayor vida la feria comercial de San Juan de los Lagos e hiciera más milagros la Inmaculada Concepción que ahí se venera. La feria llegó así a convertirse en la segunda en importancia de todo el país, sobrepasada únicamente por la de Jalapa, que

se nutría de los enormes embarques que llegaban de Sevilla y Cádiz a Veracruz.

En lo que fue el corazón de la Intendencia de Guadalajara iba creciendo con firmeza su capital, en cuyos alrededores se explotaba la tierra con más eficiencia y en sus haciendas se lograban cultivos más variados e intensos, con base en las pocas inversiones rurales que hicieron aquellos propietarios que preferían comerciar a producir.

Asimismo, fue adquiriendo prestigio, precisamente por estar en el camino entre Guadalajara y San Blas, además de sus nobles cualidades intrínsecas, el aguardiente que se producía, desde fines del siglo XVI, en Amatitán y demás parajes del corregimiento de Tequila al destilar el mosto ya fermentado que se obtenía moliendo y prensado del corazón —el mezcal— del singular agave *tequilana weber azul*.

Resultaba más fácil abastecer al noroeste de lo que se denominaba “vino mezcal de esta tierra” de Tequila, antes de que a mediados del siglo XIX se le empezara a llamar simplemente “tequila”, que el mezcal que se hacía en otras partes, máxime que fue legalizada la producción y venta del tequila a mediados del siglo XVII, a instancias de las autoridades locales, para aprovecharse de los impuestos que habría de generar. Hubo que superar para ello la oposición de los influyentes productores de aguardiente del sur de la península Ibérica y de quienes medraban con su traslado e importación hasta México, así el éxito ilegal de este producto acabó por convencer que resultaba mejor legalizarlo y cobrar impuestos que dejarlo vivir en la clandestinidad.

De hecho, cuando se abrió el comercio con Asia, Sudamérica y la costa norte del Pacífico, el tequila, sin que aun se llamara así, fue lo único que se producía con la abundancia suficiente como para poderlo exportar. Los demás artículos que se manejaban tenían otro origen. Ello era resultado de que la producción en

América, salvo casos excepcionales como el del mismo tequila o el vino chileno y argentino, estaba de plano vetada por España.

El gasto de los rendimientos generados por esta bebida a veces fueron mal vistos, como fue el caso de la inversión que se hizo para construir un lugar para bañarse, lo cual fue tachado de un lujo innecesario por aquella sociedad cuyas limitaciones religiosas la hacían poco propensa a la higiene corporal; en cambio sí fue aplaudido lo que se gastó para introducir agua potable y construir varias fuentes en Guadalajara y, durante la segunda mitad del siglo XVIII, para construir el Palacio de la Audiencia, donde hoy se asienta el gobierno de los jaliscienses.

Guadalajara es, ni duda cabe, la natural cabecera social, económica y cultural no sólo del estado de Jalisco, sino también de una vasta región del occidente mexicano, por lo que en ella se expresan también, a manera de un calidoscopio, las complejas características de toda el área. Pero no oculta el hecho de haber sido una ciudad fundada por los españoles, en la que los indios no tuvieron cabida más que para proporcionar los servicios domésticos y públicos.

Pero no es igual el caso de sus alrededores, donde sí podían residir los indígenas y, por lo mismo, la pervivencia de sus formas culturales es mucho mayor.

Una de las expresiones más características del entorno tapatío lo constituye la cerámica producida en el pueblo indígena de Tonalá, de la que se abastecieron los habitantes de Guadalajara desde sus orígenes y que se ha exportado a muchas partes del mundo. Testimonio de ello lo constituyen jarros y platos sin duda tonaltecas, en cuadros cortesanos de Diego Velásquez y otros famosos pintores españoles de la mejor época de este arte en ese país. Ello muestra que los artículos de barro hechos en Tonalá no solo llegaron a la corte española, sino incluso hasta el mismo vaticano, como lo demuestran algunos testamentos de prelados muy encumbrados en Roma.

Por otro lado, grupos musicales compuestos por ejecutantes de cinco diferentes instrumentos de cuerdas, interpretaban de buena manera sones y valonas con que los arrieros se acompañaban en sus largas marchas por tierras nayaritas y por el sur de Jalisco, viajando con mercaderías entre las tierras altas y la costa. Así se fue conformando la prosapia del “mariachi”, que nada tiene que ver por cierto con el *mariage* ni con los invasores franceses que los veían en las bodas. Sin embargo, aunque no estamos seguros si su nombre proviene de una tarima para dos bailarines hecha con madera ahuecada para que fuera más sonora, de un árbol llamado otrora *mariache* —quizás el huanacaxtle—, que le dio su nombre antiguamente a un rancho de Nayarit, o si su etimología es más sofisticada. Como dicen en Cocula, de donde es el mariachi, según conocida canción, la palabra podría provenir de María C. —tal vez “C” de Cocula— conocida como *Mariace*, que era, afirman, el nombre de conocida mujer que cantaba extraordinariamente bien acompañada por un conjunto musical de esta índole.

Como quiera que sea, el mariachi jalisciense habría de cobrar gran fama y, andando el tiempo, se convertiría en el símbolo de toda la música popular mexicana.

No fue difícil, con el ánimo posrevolucionario de exaltar las virtudes campiranas, en el siglo XX, que se fusionaran en una sola figura el tequila, el charro y el mariachi, dando lugar a un estereotipo de jalisciense que resultó tan vívido que acabó convertido en una suerte de arquetipo de todos los mexicanos, aunque los habitantes de otras partes del país nada tengan que ver con tales componentes. De ahí que Jalisco presuma de ser más mexicano que muchos otros parajes. Ello es injusto, puesto que cualquier “jirón de la patria” debe considerarse tan mexicano como cualquier otro y sus peculiares formas de ser y hacer entenderse constituyen una fuente de riqueza para todos.

“Jalisco es México” dice un lema para atraer turistas de vocación mexicanista, aunque, contradictoriamente, cuando alguien manifiesta molestia por tal aserto, amenazamos con decir lo contrario: ¡que Jalisco no es México! Es así la gente de esta tierra: capaz de defender con pasión posiciones extremas.

Por su parte, la costa de Jalisco, por causa de su escasísimo poblamiento y marginación, no cobró forma alguna ni durante el siglo XVIII ni el XIX. De hecho, no fue hasta avanzado el siglo XX cuando procedió a migrar hacia ella gente de otras partes del estado y de fuera de él, con un espíritu casi colonizador como el de los españoles de antaño. De esta manera, las peculiaridades de la costa, narradas extraordinariamente bien por Agustín Yáñez en su famosa novela titulada *La tierra pródiga*, derivan precisamente en que la mayor parte de sus habitantes son forasteros de origen.

También se considera que la falta de una fuerte tradición pesquera coadyuva a que los productos del mar, aunque su consumo vaya en rápido aumento, sean aún poco socorridos en las mesas jaliscienses, de no ser durante la cuaresma en los días en que los católicos no suelen comer carne.

Estudios recientes de la pesca jalisciense han revelado que la mayoría de quienes se dedican a ella no son hijos de pescadores y muchos, incluso, son oriundos de tierra adentro. Así se explica que no se cuente con la indispensable experiencia para aprovechar adecuadamente toda su riqueza ni haya interés ni de pescadores ni de consumidores por productos que no son los más conocidos y convencionales.

Por su parte, lo que se conoce como la Sierra, en torno de la ciudad de Mascota, que es su indiscutible cabecera comercial, el centro minero de San Sebastián y el Santuario de Talpa, tiene todas las características de una comarca de filiación primordialmente criolla que ha vivido en un acusado aislamiento gracias a los pésimos accesos que ha padecido hasta tiempos recientes, no

obstante los buenos deseos de algunos gobernantes de Jalisco, como Ignacio L. Vallarta, que hasta una vía de ferrocarril desde Guadalajara quiso construir. Bien puede decirse que, hasta hace muy poco, la Sierra vivió como en otro tiempo y circunstancia. De ahí que haya tenido barruntos para intentar seguir el camino separatista de Tepic.

Surge la efervescencia

Debido a que el comercio se convirtió en la actividad económica más redituable durante el siglo XVIII y principios del XIX, la producción del campo perdió atractivo para sus propietarios y, a fin de cuentas, se invirtió poco para mejorar la vida y el trabajo en el medio rural. En suma, su condición habría de cambiar muy poco en comparación con las mutaciones que vivieron las poblaciones grandes. El caso es que los ranchos y las haciendas, ante la ausencia de un sistema financiero que no fuera el abusivo que ofrecía la Iglesia, se convirtieron con frecuencia en aval de operaciones mercantiles de mayor cuantía, lo que ocasionaba el riesgo de que, si las circunstancias eran adversas y las cosas no salían como se esperaba, la tierra acabara cambiando de manos. De hecho, ello sucedió en el centro de Nueva Galicia con más frecuencia que en otros lados, donde el comercio en grande no estaba al alcance de sus moradores. Otro caso fue el de Los Altos, donde los pequeños propietarios consideraban que perder su propiedad era lo último que les debía suceder.

En consecuencia, la producción agrícola se mantuvo más o menos estable, salvo en el caso de ocasionales reducciones ocasionales causadas por inundaciones o sequías, de manera que la población creció a un ritmo mucho mayor. De esta manera, los precios de los productos básicos tendieron a subir, en tanto que las crisis se tradujeron en verdaderas tragedias porque daban lugar a la escasez de alimentos, la hambruna y otras penurias de enorme gravedad para el creciente número de necesitados.

De esta manera se cultivaba la insurrección popular, mientras que la inconformidad de los acomodados comerciantes crecía por causa del intermediarismo ejercido por sus homólogos de la ciudad de México, quienes les reducían los beneficios de manera muy considerable. De ahí su propensión al contrabando, que sí les rendía pingüe utilidad.

Para acabar de predisponer a los criollos adinerados en contra de la Corona tomó esta la decisión, en 1786, de transformar la organización política de toda la América Septentrional que le pertenecía, mediante la supresión de los reinos de Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, etc. Y de las Capitanías Generales como las de Yucatán y Guatemala para darle vida a doce intendencias, como la de Guadalajara y la de México, que ejercerían un control más claro sobre todo el territorio.

En la confusión de las funciones que había venido sobreviviendo desde el siglo XVI, con ánimo de que ningún español pudiera llegar a adquirir demasiada fuerza en América, mediante los Ayuntamientos, a cuyo gobierno accedían mediante la compra de los cargos, los criollos ricos habían venido haciendo valer su ley gracias a que las confrontaciones entre obispos y gobernadores, o el mismo virrey y el arzobispo de México, se resolvían casi siempre con el apoyo del ayuntamiento que correspondía que inclinaba la balanza a favor de la parte que más le convenía o más le daba. De hecho, la oficial preponderancia de los peninsulares sobre los criollos en la práctica se contrarrestaba con frecuencia.

La creación de las intendencias definió muy bien las atribuciones de cada funcionario y la fuerza real de los ayuntamientos menguó considerablemente, con la consecuente molestia. No de balde un intento de insurrección en contra de su intendente, que implicaba a unos doscientos jóvenes adinerados, acaudillados por el vicerrector del Colegio de San Juan Bautista, se produjo en Guadalajara en 1793. Fue descubierta oportunamente y en virtud de su escasa magnitud, fue fácilmente controlada y

disimulada con el pretexto de que había sido un simple intento de travesura de muchachos irreflexivos que no merecieron más que unos cuantos días presos en la cárcel recién estrenada en una de las alas del Palacio de Gobierno. Asimismo, y con mayor peligrosidad, fue descubierta en 1808 una conspiración del propio Ayuntamiento de la ciudad de México, la cual dio lugar a que cayera sobre los culpables todo el peso de la ley.

Además, la creación de las intendencias había implicado que cada una tuviera una extensión totalmente diferente de lo que antes había existido. En el caso de la de Guadalajara, se parecía más a la provincia franciscana de Santiago de Jalisco. Tal mutación no dejó también de causar molestias, pero la verdad es que sobrevivieron sus límites a la consumación de la independencia y, salvo la merma del actual Nayarit, siguen siendo básicamente los mismos en la actualidad, aunque en el proceso de marcarlos con precisión no ha dejado de haber conflictos y discrepancias con los vecinos.

Por su parte, los grandes comerciantes de México, con un control bien cimentado sobre el mercadeo legal, basados en sus relaciones, ligas y sociedades con los mercaderes de Cádiz y Sevilla, vieron siempre con inquina las aspiraciones y desplantes autonomistas de Guadalajara y, por lo mismo, con sumo recelo, que se creara en ella cualquier institución que abonase en tal dirección. La casi centenaria resistencia de la Real y Pontificia Universidad de México a que se fundara una institución de la misma índole en Guadalajara, lo que finalmente se logró en 1792, con el nombre de Real y Literaria, es uno de los muchos testimonios de dicha animadversión y falta de deseos de soltar el mango del sartén.

Incluso, después de 1789, cuando Cádiz perdió la exclusividad de comerciar con las colonias españolas de América y de otros puertos peninsulares empezaron a zarpar navíos, no les faltaron recursos extralegales para no perder del todo el control.

De esta manera, a pesar de su falta de claridad, el movimiento insurgente que inició en la parroquia de Dolores el 16 de septiembre de 1810 contó con muchos adeptos entre los desfavorecidos y entre los criollos en el Occidente de México, mayormente por la clara animadversión contra los “gachupines” manifestada por el propio cura Miguel Hidalgo y Costilla en el propio “Grito” con el que convocó a la rebelión. De esta manera, cuando fue de su conveniencia establecerse en Guadalajara y comenzar a darle un gobierno más organizado a su movimiento, resultó que un partidario suyo, Antonio Torres, alias “El Amo”, ya se había posesionado ordenadamente de ella. Cuando hizo su arribo el 26 de noviembre de 1810 el cura Hidalgo se topó con un apoteósico recibimiento.

Pero su ulterior derrota fue en Puente de Calderón, al mediar el mes de enero, lo que dio lugar a su precipitada huida hacia el norte y a que el vencedor, Félix Calleja, entrara con malos modos a Guadalajara al frente de sus tropas, ahogando los ímpetus rebeldes de los más acomodados, máxime que sobrevino una sensible bonanza económica para ellos. Ella se debió a que el prócer José María Morelos llevó la guerra al sur de México entre 1811 y 1815 y canceló durante varios años la rica ruta de Acapulco a México, por donde se introducían las mercaderías provenientes de Filipinas y se exportaba lo que las famosas “naos” llevaban al sureste asiático.

En consecuencia, dicho tráfico se tuvo que hacer entonces por medio de San Blas y sus mayores beneficios se derramaron ahora sobre los comerciantes de Guadalajara y Tepic.

Precisamente en 1814 se fundó la feria de Tepic y la antigua villa se convirtió en ciudad. En su derredor fue cobrando forma la organización política y administrativa de toda la región, de manera que, a la postre, nadie discutió su calidad de capital nayarita.

En su cercanía habrían de establecerse, a partir de 1838, las primeras fábricas que hubo en todo el Occidente de México —cuyas actividades no fueron del todo legales— y, en su seno, al amparo de potencias extranjeras, se constituyeron y consolidaron al menos un par de grandes empresas dedicadas al comercio legal y al contrabando. Una de filiación inglesa y norteamericana, Barron & Forbes, constituida por sus respectivos cónsules y proclive a los gobiernos conservadores, y otra de dueños españoles, que resultaron más bien liberales: Castaños.

Por otro lado, en lugares alejados de la provincia de Guadalajara, siguió habiendo brotes rebeldes que no dejaban de perturbar la vida: Pedro Moreno, asociado después con el navarro republicano Francisco Javier Mina, en las inmediaciones de Lagos y León, el cura Pablo Calvillo, con sus indios flecheros, a partir de Colotlán, y Gordiano Guzmán en el sur y en las vecinas tierras de Michoacán.

A la prisión y muerte de Morelos, Vicente Guerrero siguió encabezando actividades insurgentes en el sur, hostigando la ruta de referencia, aunque no logró ya su completa clausura, lo cual incidió en acusado detrimento de la economía de Guadalajara.

“Libertad” contra intolerancia

De todos los jefes rebeldes, precisamente por su área de influencia, fue Guerrero al que Agustín de Iturbide, antiguo enemigo de los insurgentes, se aventuró a convencer de asociarse cuando los conspiradores ricachones de la iglesia de La Profesa le encargaron la consumación de la Independencia, precisamente para contrarrestar la reimplantación de la Constitución liberal española de 1812, que se debió al triunfo en España de la rebelión del coronel Rafael Riego contra el absolutismo de Fernando VII.

Al sobrevenir la Independencia en 1821, mediante la alianza de grupos totalmente opuestos como los insurgentes y los antiguos “realistas” más recalcitrantes, además de la venia del mismo obispo de Guadalajara, Juan Cruz Ruiz de Cabañas, también antiguo y furibundo enemigo de los independentistas Hidalgo y Morelos, fueron los comerciantes de Guadalajara quienes más resintieron el cambio, por lo que reclamaron y consiguieron de inmediato una total libertad de comercio a fin de comprarle y venderle a quien mejor les conviniera y, por supuesto, emanciparse de la tutela de los mercaderes capitalinos.

Sumado lo anterior a la inercia autonomista, ahora con acceso a saber más fácilmente lo que sucedía y se decía en otros países gracias a las libertades ganadas, los habitantes de la provincia de Guadalajara —llamada así de conformidad con los nuevos preceptos de la Constitución de Cádiz, pero de la misma forma y límites que la intendencia—, deslumbrados por el acontecer de los Estados Unidos, creyeron encontrar en un federalis-

mo similar al de tales vecinos la fórmula política más idónea para regir la vida del país que se estaba conformando. De ahí que se arremetiera con fiereza contra el imperio de Iturbide y, el 16 de junio de 1823, se le diera vida al flamante Estado Libre de Jalisco, que se convertiría desde el primer momento en un verdadero ariete del federalismo mexicano, instituido formalmente en todo el nuevo país a principios del año siguiente.

No faltaron desplantes del gobierno de Jalisco frente al central ni la desobediencia a disposiciones de éste, que se consideraron contrarias a la conveniencia de la región, llegándose al extremo de amagarse los ejércitos de ambos. Fue gracias a unos *Convenios* firmados en Lagos el 14 de agosto de 1823 que se evitó el choque. No obstante, el gobierno de México promovió la secesión del partido de Colima, que apenas treinta años atrás se había anexo a la intendencia de Guadalajara.

Con el esfuerzo mercantil y el anhelo de incrementar las actividades de esta índole sobrevino el requerimiento de entrar abiertamente en tratos con gente cuya presencia en sus dominios de América habían procurado evitar los españoles en aras de la profilaxis ideológica y religiosa. Pero no todos estaban de acuerdo ahora con que se tuvieran tratos con países protestantes y menos en que practicantes de este culto llegaran a residir en Jalisco. Los criollos ahora jaliscienses, de tradición terrateniente y, por ello, conservadora, tendían a ver con reserva y hasta con desagrado la llegada de ingleses, alemanes, norteamericanos, etc.

Sin embargo, no faltó un sector más dinámico y progresista que bregó desde el primer momento en favor de la tolerancia de credos no católicos, a lo que se opuso fuertemente la jerarquía eclesiástica con el respaldo de no pocos funcionarios y terratenientes especialmente comprometidos con ella. Esta discusión se hizo presente desde el advenimiento del federalismo, aprovechando precisamente la libertad de imprenta que sobrevino y continuó hasta que la restauración republicana, en 1867, impu-

so definitivamente la libertad de cultos. Vale advertir que tal libertad no ha sido del todo respetada por la población, especialmente en comunidades pequeñas y de mayor arraigo criollo, como en Los Altos, donde los protestantes han sufrido más frecuentes agresiones de palabra y hasta de obra a lo largo de los años.

Justamente en esta región de Jalisco cobraría inusitada fuerza medio siglo después, a partir de 1927, la revuelta “cristera”, llamada así porque su grito de guerra era “¡Viva Cristo Rey!” Se le exigía al gobierno la reapertura de templos católicos que la jerarquía de su Iglesia había mandado cerrar en señal de protesta por la aplicación de los preceptos constitucionales y el derecho a practicar libremente su religión, aunque influyó también de manera muy significativa en la virulencia de la lucha, la defensa de sus pequeñas propiedades, ante unos agraristas que no diferenciaban al terrateniente latifundista del que sólo tenía un pequeño rancho, y el hecho de que, por medio del recién creado Banco de México se empezara a desarrollar en el país un sistema crediticio que sacaba del mercado de dinero a los curas que habían hallado en el préstamo con un alto interés un buen complemento a sus prebendas parroquiales.

Este movimiento, en apariencia conservador, se contrapone con la gran batalla que los jaliscienses de los cuatro puntos cardinales dieron a los invasores franceses y a los aliados mexicanos de estos que quisieron imponer el “imperio” de Maximiliano de Habsburgo. Si bien los ejércitos de extranjeros tomaron Guadalajara sin mayor problema, en enero de 1864, la resistencia que se gestó en Jalisco, especialmente en el sur, con base en grupos y grupúsculos de indómitos patriotas, junto con la campaña mucho más formal de Ramón Corona, general en jefe del Ejército de Occidente, allá por el noroeste de Jalisco —hoy Nayarit— y sur de Sinaloa, pusieron un hasta aquí al avance de los *suavos* y después obligaron a su retirada. No de balde Guadalajara fue

recuperada por los republicanos desde fines de 1866, en tanto que la ciudad de México tardó medio año más.

Asimismo, antes de la dicha Intervención, precisamente durante la llamada “Guerra de Tres Años” de conservadores contra liberales, estos últimos hallaron en el campo de Jalisco, especialmente en el sur, uno de los mayores apoyos para hacer frente al empuje, en un principio arrollador, del ejército regular que manejaban los conservadores. Justamente de Guadalajara salió uno de los principales contingentes para vencer por completo a los llamados “cangrejos” en las lomas de Calpulalpan, cerca de la ciudad de México, a fines de 1860.

Comoquiera, dado que fue víctima de varios sitios de unos y otros, Guadalajara tributó a la guerra civil muchas edificaciones arruinadas y abundante sangre de sus hijos.

Fuerza cultural y debilidad política

La verdad es que Jalisco era un estado muy dinámico entonces, lo mismo por su alta producción que por su efervescencia cultural. Al mediar el siglo XIX, un grupo de jóvenes daba muestras de ello al fundar la Alianza Literaria para dar vuelo a inquietudes de todo tipo. En su mayoría, cada quien en su campo, desempeñaron un relevante papel y se convirtieron en pie de cría de la llamada “generación reformista” de Jalisco, que resultó ser de lujo. Baste mencionar dos nombres: por el lado de las bellas letras, a José María Vigil (1829-1909); por el de la jurisprudencia, a Ignacio L. Vallarta (1830-1893). Pero hubo muchos más.

Con ligera anterioridad, otro jalisciense había despuntado de manera singular en la misma disciplina de Vallarta: Mariano Otero (1817-1850), fallecido muy tempranamente, a quien se considera uno de los creadores del juicio de amparo. Otra personalidad distinguida del tiempo de Otero fue el pintor José María Estrada (1810-1862), al que bautizaron como “el padre de la independencia pictórica mexicana”, en virtud de que buscaba tipos populares. Por su parte, la academia neoclásica tuvo entre sus adeptos a los destacados jaliscienses Felipe Castro (1832-1907) y Jacobo Gálvez (1821-1882), hasta que, al finalizar el siglo, los cada vez más pintores empezaron a revertirse hacia formas y fondos propios de su medio ambiente. De esa tendencia habrían de surgir, por caso, Jesús Reyes Ferreira (1882-1977) y su pintura con sabor a artesanía, los paisajes remontados del “Doctor Atl”, llamado en la realidad Gerado Murillo (1875-1964) y, claro está,

el genio incomparable de José Clemente Orozco (1883-1949), quien logró universalizar, en sus espectaculares murales, colores, formas y problemas muy locales.

También la música que llamamos culta prosperó en el clasicismo, en especial gracias a la cimiento que dejó José Rolón (1883-1945) en los alumnos de la efímera Escuela Normal de Música, que fundó en 1907, y sus discípulos de la Orquesta Sinfónica de Guadalajara, nacida en 1920, antes de que Rolón emigrara a la ciudad de México. Los mayores vuelos se alcanzaron cuando José Pablo Moncayo (1912-1958) compuso su famoso *Huapango*, de gran nivel y complejidad.

Pero en lo que Jalisco tuvo mayores bríos, de conformidad con la tradición iniciada por Fernando Calderón, de vida muy corta (1809-1845) —conocido como el primer poeta romántico mexicano—, fue sin duda en las letras. De los tiempos porfirianos y posteriores, cabe destacar a Victoriano Salado Álvarez (1867-1931), quien murió habiendo dejado una enorme cantidad de páginas pero sin haberse conciliado con la Revolución y los gobiernos que de ella emanaron. Los revolucionarios no le perdonaron que hubiera sido su enemigo y han sido muy pocos los “reaccionarios” que han tenido noticia de su existencia, de manera que apenas recientemente le ha sido franqueada una puerta trasera del parnaso mexicano de las letras en el que, con méritos sobrados, debería de ocupar uno de los sitios más distinguidos.

De la misma filiación debe también recordarse a Luis Pérez Verdía (1857-1914), principalmente estudioso en su tiempo de lo ocurrido en el pasado de Jalisco y autor de un libro de historia de México que resultó ser durante más de medio siglo uno de los más recetados a los futuros bachilleres de todo el país. Ya ha desaparecido del mercado por su difícil lectura, lo cual se debió más al pésimo trabajo de la editorial que a la prosa del autor y a la del hijo de éste, quien se encargó de agregarle lo que consideró que le había hecho falta a la pluma de su progenitor.

Ya se mencionó al laguense Mariano Azuela (1873-1952), autor entre otras cosas menos apreciadas de lo que se conoce como la primera novela de la Revolución: *Los de Abajo*. Pero no cabe duda que la figura señera de nuestras letras, también con un fuerte sabor crítico de la Revolución y de sus secuelas, pero en especial del campo suriano de Jalisco, es Juan Rulfo (1917-1986), cuya prosa, siendo tan escasa, ha dado qué escribir muchísimo más que otras en todos los idiomas, además de haberse traducido a la mayoría de ellos. Junto a Rulfo también está Agustín Yáñez (1904-1980), cuyas novelas son las que mejor hablan de las *Tierras Flacas* de Yahualica, donde vivió parte importante de su crianza y de donde provenía su familia. Su obra maestra es *Al filo del agua*, de la que nadie duda que sea una gran novela, pero nunca nadie ha podido demostrar que no sea una obra historiográfica o antropológica también genial.

Vale decir que podrían mencionarse muchos más. Hay quien asegura categóricamente que el 40 por ciento de los buenos escritores mexicanos son originarios de Jalisco. Se dice que ello se debe a una alternativa de los jaliscienses ante la escasa impronta que han tenido en el panorama político nacional desde que Ramón Corona, siendo gobernador, fue asesinado en noviembre de 1889, a los 52 años de edad.

Bien puede decirse que, ante los ojos de la Nación, Corona había ganado en el Occidente de México el mismo prestigio que Porfirio Díaz en el sur, tanto por su empeño durante la Guerra de Reforma, cuando alcanzó el grado de coronel, luchando a favor de los liberales con el apoyo de empresarios de Tequila y de Tepic, como por su brillante comportamiento frente a la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano, al mando supremo del llamado Ejército de Occidente. Si Porfirio Díaz encabezó el contingente que recuperó la ciudad de México, Corona, por su parte, destacó en el sitio de Querétaro después de que sus huestes hubieran recuperado la capital de Jalisco. Incluso, a él se le rindió

el Habsburgo en primera instancia, solo que Corona no le aceptó la espada y lo escoltó hasta dejarlo frente a Mariano Escobedo, quien era el general en Jefe de todo el Ejército Nacional.

Después quedó Corona como comandante militar de Jalisco y, a diferencia de Díaz, dio ejemplo de lealtad y obediencia al gobierno federal y al estatal legalmente constituidos y en 1873 hizo frente con éxito, en las inmediaciones de Guadalajara, a los rebeldes encabezados por Manuel Lozada, llamado “El Tigre de Álica”, que se volcaban sobre la capital de Jalisco. Fue la llamada Batalla de La Mojonera, recordada con solemnidad el 28 de enero de cada año.

Posteriormente, Corona sería durante más de una década embajador y ministro plenipotenciario de México en España y, a su regreso, nadie, ni el mismo presidente Díaz osó evitar que fuera gobernador de Jalisco y se lo viera como el sucesor natural. Su asesinato, en 1889, que muchos atribuyeron a instrucciones del propio Porfirio Díaz, en aras de que no estorbara su reelección, dejó a la fuerza política jalisciense a la deriva, misma que acabó de naufragar cuando Ignacio L. Vallarta fracasó en su intento de ganarle la primera magistratura a Díaz por la vía legal.

Se puede decir también que, en su inmensa mayoría, igual que historiadores, artistas y demás gente de cultura, con posterioridad a la Revolución, los escritores jaliscienses se vieron obligados a emigrar a la ciudad de México a fin de encontrar un campo más propicio para el desarrollo de sus inquietudes intelectuales y el eco necesario para trascender, dejando a sus conciudadanos ayunos de su presencia cotidiana y, por consecuencia, de la posibilidad de forjar sucesores en el terruño. De ahí el decaimiento y la mediocridad a que en general descendieron las letras locales al llegar a los años cincuenta y hasta los setenta, aunque vale destacar el heroico esfuerzo de algunos *resistentes* de ese tiempo, a quienes se debe en una gran medida el repunte que sobrevino después. Tal fue el caso de Adalberto Navarro Sán-

chez (1918-1987), retenido en su “provincia” por cuestiones familiares y un gran deseo de arraigar en su suelo. Fue un gran conocedor del idioma y de su literatura, principalmente la de Jalisco, además de un fino poeta y un agudo ensayista que se supo entregar también a la docencia y, en aras de su vocación, llegó a editar y encuadernar libros, ambas cosas con excelencia, y a ser un pésimo vendedor de ellos.

Escasa belicosidad

Al pensar en Jalisco siempre asalta la pregunta de por qué fue poco activo en la gestación y el desarrollo del movimiento revolucionario. Sabemos, sí, que Guadalajara y su ferrocarril a Irapuato —que la colocó a sólo medio día de distancia de la ciudad de México— resultó de la mayor importancia estratégica, lo que hizo de dicha ciudad un sitio muy apetecible y dio pie a que disputaran muy encarnizadamente por adueñarse de ella los diferentes bandos en pugna, pero es evidente que el número de “revolucionarios” jaliscienses fue mínimo a partir de 1910 y que de aquí no surgió ningún movimiento ni grupo sobresaliente.

Parte de la explicación se debe precisamente a la existencia de dicho ferrocarril, que había hecho su primer arribo a Guadalajara desde la cálida mañana del 15 de mayo de 1888, cuando Ramón Corona era gobernador de Jalisco, en tiempos en que los dinámicos y emprendedores comerciantes de la primera mitad del siglo habían dejado el campo a sus descendientes, en general más proclives a la vida caballeresca e improductiva. De esta manera, el mercado local se abrió ahora con facilidad a los comerciantes asentados en la ciudad de México, especialmente a aquellos franceses y españoles llegados al país poco tiempo atrás, duchos y deseosos de vender en todo el occidente en especial lo que traían de sus respectivos países de origen, pero también, a veces, lo que ellos mismos producían. Con posterioridad, a partir precisamente de Guadalajara, sus productos se remontaría hacia el norte, siguiendo la costa del Pacífico, hasta donde lo permitiera las particulares posibilidades de cada quien.

Asociados o no con empresas y familias antiguas de Guadalajara, los recién llegados dieron lugar a que la riqueza de Jalisco quedara íntimamente ligada con la de la capital y que, en muy buena medida, fuese dependiente de ella. Resultó ser, pues, la vía del tren la cadena que ligó estrechamente ambas economías oligarquías, en tanto que favorecía la concentración en Guadalajara y sus alrededores de los mayores beneficios del comercio regional y, después, también de la inmensa mayoría de las empresas productivas.

En consecuencia, no se produjo entre los empresarios de Guadalajara y de la ciudad de México la tirantez y el ulterior rompimiento que sobrevino entre el gobierno central y los adinerados del norte, de Sonora y Chihuahua principalmente, lo cual debe tomarse también en cuenta como una de las razones primigenias del surgimiento del movimiento revolucionario de 1910 en aquellos parajes septentrionales y de los enormes bríos que alcanzó a tener.

La supuesta pasividad de los jaliscienses, pues, no se debió tanto, como se ha dicho, a que los terratenientes de Jalisco explotaran con menos dureza a sus peones y a que los campesinos de esta tierra vivieran mejor que en otros lugares o que no hubiese surgido en Guadalajara una clase media lo suficientemente dinámica como para incomodarse por la falta de libertades y oportunidades políticas que la añeja dictadura imponía.

La situación de los peones y demás asalariados rurales o urbanos no era diferente a la de otros estados cercanos, y quienes practicaban las llamadas profesiones liberales eran tan dinámicos como los de cualquier otro sitio. La gran diferencia de Jalisco con los estados de la República que se reputaron como típicamente revolucionarios, estriba en la convivencia y la connivencia de sus empresarios con los capitalinos y la satisfacción que sentían por la marcha de las cosas, sin que, dada su filiación o vocación extranjerizante, se preocuparan mayor cosa por el agobio de la situación política, social y económica que prevalecía en prácticamente toda la República Mexicana.

La Revolución llega a Jalisco

De cualquier manera, la energía con que en Jalisco se establecieron después las bases para la transformación posrevolucionaria no fue menor que en otras partes. Manuel M. Diéguez, quien fue impuesto como gobernador por los revolucionarios sonorenses cuando tomaron Guadalajara el 8 de julio de 1914, de inmediato se puso manos a la obra de establecer diversas medidas que casi tres años después, en 1917, adquirirían rango constitucional.

Pero también sobrevinieron las dificultades inherentes a una región que pretendía mantener su propia personalidad y al gobierno central fuera de los asuntos particulares que, según las dos últimas constituciones, sólo a los jaliscienses competen.

De ahí el enfrentamiento del presidente Plutarco Elías Calles con el gobernador José G. Zuno (1891-1980), quien fue desahogado en 1926. Otros gobernadores trataron también de mantener veladamente una cierta autonomía, pero sin éxito, hasta llegar a Francisco Ramírez Acuña quien, en 2005, le espetó al presidente Vicente Fox aquello de que “el gobernador de Jalisco sólo acepta que lo regañen los jaliscienses”, dejando al Jefe del Poder Ejecutivo nacional con un palmo de narices.

Con posterioridad a la caída de Zuno, como consecuencia de las medidas anticlericales de Calles y la irrupción de agraristas originarios del centro y sur del país, así como a la propaganda eclesiástica en su contra y el cierre que la propia Iglesia hizo de sus templos en México, el gobierno tuvo que hacer frente a la “Rebelión Cristera”, que alcanzó su mayor virulencia en Los Al-

tos de Jalisco. Finalmente, los “Acuerdos” del presidente de la República, Emilio Portes Gil, con la jerarquía eclesiástica nacional, en 1929, y la expulsión del beligerante arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez (1864-1936), trajeron la paz a Jalisco, basada en la tolerancia de unas autoridades y de otras.

Pero antes fue necesario someter a muchos alzados “cristeros” que no se amnistiaron por considerar que los obispos los habían encampanado, primero, y traicionado después.

Ayudó a la tranquilidad ulterior que el sucesor de Orozco y Jiménez fuese un tapatío, José Garibi Rivera (1889-1972), y que se aviniera con mucho tacto, lo mismo que había hecho el prelado Pedro Loza y Pardavé durante las últimas tres décadas del siglo XIX, a mantener buenas relaciones con el gobierno civil. Por cierto que Garibi fue convertido a fines de 1959 en el primer cardenal mexicano.

Pero la concordia de la Iglesia católica con el gobierno no se extendió a otras corrientes religiosas, ya fueran las que procedían de Estados Unidos, que empezaron a llegar desde mucho antes de que comenzara el siglo XX, que con la llamada “Luz del Mundo”, que se estableció en 1926, al comenzar la Guerra Cristera, en la ciudad de Guadalajara. A poco lograron sus fieles fundar el barrio de la Hermosa Provincia, en el oriente citadino, donde hoy se yergue su enorme templo principal.

Vale señalar que, no obstante la oposición de los católicos, a veces muy férrea, contando con una discreta ayuda gubernamental, este credo acabó por consolidarse y adquirir una importancia notable, lo mismo en Guadalajara que en el resto de Jalisco y de México. Además ha logrado introducirse en casi cuarenta países de varios continentes, pero principalmente en Centro América y Estados Unidos. Se habla actualmente de unos diez millones de fieles en torno a un millar de templos en México y otros tantos en el extranjero. Su fundador, Aarón Joaquín (1896-1964), había nacido en Colotlán, y antes de seguir este camino fue soldado a las órdenes de Paulino Navarro y Marcelino García Ba-

rragán. Actualmente, el director de dicha *ecclesia* es su hijo Samuel, nacido en 1937.

En otra actividad en la que Jalisco ha destacado habitualmente es en el deporte, tanto el *amateur* como el profesional.

En el primer aspecto, vale subrayar que la culminación llegó durante los primeros años del siglo XXI cuando acumuló sucesivamente más triunfos que cualquier otro estado en diversos campeonatos nacionales.

Pero el más sonado de los éxitos deportivos que le ha ganado una enorme simpatía nacional es el alcanzado por el equipo de fútbol “Guadalajara”, que recibe el sobrenombre de “Chivas Rayadas” por las franjas rojas y blancas de su camiseta. Dado el entusiasmo y hasta la veneración que despiertan en tanta gente, irónicamente es conocido como “el rebaño sagrado”.

No es el único equipo importante que hay en Guadalajara, pues el Atlas tiene también gran prosapia —aunque su sede está en Zapopan— pero “chivas” es el que más tiempo ha permanecido en la primera división mexicana y el que más campeonatos de ella ha ganado. Quizá lo más notable sea el entusiasmo mexicanista que despierta como resultado de ser el único que nunca ha tenido ni un solo jugador extranjero. La preferencia se manifiesta en todo el país y en los lugares del extranjero donde hay muchos mexicanos, lo mismo que la celebración de sus triunfos hace que, como se dice en el Himno Nacional Mexicano, “reتيembre en sus centros la tierra”.

Aunque no siempre haya conseguido el éxito, procurar la tranquilidad y el orden, fomentar el desarrollo con inversiones privadas y generar empleos en empresas productivas, comerciales y de servicios, fue a partir de los años treinta la principal preocupación de los gobernantes de Jalisco. Asimismo, procuraron la realización de cuantas obras públicas fuese posible, aunque no todas hubiesen sido estrictamente necesarias, con el ánimo de que más habitantes tuviesen con acceso a la asistencia médica gratuita, a la educación pública y posibilidades de practicar al-

gún deporte, así como facilitar su desplazamiento y comunicación y el acceso generalizado a servicios básicos como agua potable entubada, drenaje y luz eléctrica, de los cuales aún carecía al mediar el siglo una gran proporción de jaliscienses.

Hasta 1995, todos los gobernadores fueron postulados en su oportunidad por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y su triunfo resultó siempre contundente en las urnas. Mas todos los triunfadores privilegiaron la concertación con los principales grupos políticos opositores, cuya fuerza dependía más del gran prestigio que tenían dentro de la sociedad algunos de sus dirigentes que por el número de los afiliados a sus partidos y los votos que habitualmente conseguían.

El caso más notable fue el de Efraín González Luna (1898-1964), del Partido Acción Nacional (PAN), reconocido por su vasta cultura europea, pero también cabe señalar a Constancio Hernández Alvirde (1901-1988), de cuya probidad nadie dudaba. Él encabezó durante un buen tiempo al Partido Popular Socialista (PPS); sin embargo, vale decir que, con frecuencia, esta agrupación respaldó a los candidatos del PRI.

Por igual, los gobiernos procuraron neutralizar los enconos de bandos antagónicos y evitar que sus diferencias alterasen la tranquilidad pública. Lo más notable fue la equilibrada armonía lograda entre la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC), dirigida durante muchos años por Francisco Silva Romero (1908-1981), hasta que falleció, y la Federación de Trabajadores de Jalisco (FTJ), que mantuvo al frente a Heliodoro Hernández Loza (1898-1990), igualmente por un tiempo largo y también hasta su deceso.

La verdad es que a los empresarios fue a quien más convino la existencia de dos centrales obreras mayores, independiente una de la otra, y que ninguna lograra una aguzada supremacía. En consecuencia, las huelgas fueron pocas y de poca magnitud, a pesar de que los salarios se mantuvieron siempre bastante bajos.

Muchas empresas se establecieron a partir de los años cuarenta, aunque en su mayoría de tamaño reducido, pero hubo algunas que supieron aprovechar para un desarrollo especial la escasez de tantos productos que sobrevino durante la Segunda Guerra Mundial fabricando aquí muchos productos anteriormente importados e, incluso, vendiéndolos a Estados Unidos. Asimismo, por medio de una adecuada comercialización, se aprovechó el crecimiento acelerado del mercado local y se consiguieron más clientes en otros lugares del país que también crecían.

Más con el paso del tiempo ojos foráneos se posaron a su vez en Jalisco y aparecieron aquí muchos negocios de filiación capitalina, regiomontana y extranjera, cuya impronta resultó muy notable, aunque provocó que menguara el peso específico de los capitales locales. De cualquier manera, la influencia de los hombres de empresa en las decisiones del Gobierno estatal fue y sigue siendo remarcable, ya fuera mediante sus organizaciones particulares, como la Cámara Nacional de Comercio de Guadalajara y diversas agrupaciones de industriales, o gracias a organismos concertadores creados especialmente, como los llamados “consejos de colaboración” y algunas comisiones específicas que conjugaron a funcionarios públicos de profesión con personajes prominentes de la iniciativa privada.

A partir de 1949, así mismo, para el cargo de vicepresidente municipal de Guadalajara, el PRI incluyó en su planilla, siempre ganadora hasta 1995, a un destacado profesionista y, desde poco antes de que terminara la década de los cincuenta, tomó en cuenta a relevantes empresarios. Por igual, en otros municipios de importancia el puesto fue desempeñado preferentemente por personas de la misma índole.

En el año 2003, dicho cargo fue suprimido, tal vez por considerar que ya no se requería de una posición especial para los empresarios, si ocupaban ya muchos cargos públicos y el gobierno en pleno estaba de su lado.

Desarrollo centralizador

Dada la creciente concentración de los ingresos fiscales y de la potestad financiera en manos del Gobierno Federal, cada vez ha sido más necesario mantener la mejor relación posible con él, aun a costa de someterse a sus funcionarios más significativos y acatar medidas a veces inconvenientes para Jalisco. De esta manera, los gobernantes que han tenido o conseguido más amistades en la ciudad de México, han gozado de mayores recursos para invertir en obras de beneficio colectivo.

Quizás el caso más significativo fue el de Enrique Álvarez del Castillo (1923-2006) quien, a pesar de haber tenido poco arraigo en Jalisco, pues su vida había transcurrido principalmente en el Distrito Federal, logró un provechoso gobierno basado en una cuantiosa inversión pública, gracias a las buenas relaciones que tenía con el presidente Miguel de la Madrid.

Lo que no se ha contenido es la aglomeración excesiva de gente, producción y servicios en la gran marcha urbana del Valle de Atemajac, donde se halla la capital del estado, junto con las ciudades de Zapopan, Tlaquepaque y Tonalá, que ya se ha desbordado hacia Tlajomulco, El Salto y otros lugares. Otro caso de crecimiento fuera de ahí es solamente el de Puerto Vallarta, que emergió como balneario turístico de manera casi espontánea, antes de que contara con el respaldo de Francisco Medina Ascencio (1898-1990), cuando fue gobernador de 1965 a 1971. Pero también se produjo un cierto crecimiento en algunas otras poblaciones donde se establecieron ciertas empresas de gran pro-

ducción. Éste fue el caso de Ocotlán, que durante los años sesenta vio aumentar como la espuma el número de sus habitantes. Sin embargo, todas las demás localidades jaliscienses, cuando no han tenido lo que se denomina un “crecimiento negativo” —como le ocurrió a casi cuarenta cabeceras municipales—, se han mantenido igual o han aumentado en proporción mucho menor que Guadalajara, excepción hecha de las referidas poblaciones que se han ido *conurbando* con la capital del estado, gracias a un desordenado crecimiento que les ha traído más dolores de cabeza que ventajas.

Vale recordar que a partir de 1940, por ejemplo, Guadalajara creció casi un 80% hasta 1950 y que la década siguiente simple y sencillamente duplicó su población. Finalmente llegó a su primer millón en 1964 aunque, por fortuna, la tasa de crecimiento comenzaba a menguar.

Como sea, lo que desde los años setenta se ha dado en llamar el “área metropolitana” se acercaba al finalizar el milenio a los cuatro millones de habitantes. Ello se debió, en parte, a la elevadísima tasa de natalidad de los tapatíos, favorecida por la férrea oposición eclesiástica al uso de anticonceptivos, pero también ha contribuido mucho la inmigración proveniente del propio estado de Jalisco y de algunas entidades vecinas, como es el caso de Zacatecas, en busca de las mejores condiciones generales de vida y los servicios educativos y médicos que no se tenían en otros lugares y que en Guadalajara existieron con anterioridad.

Ayudó también, es cierto, el impresionante desarrollo que tuvo el noroeste de México, gracias, entre otras cosas, al mejor aprovechamiento del agua, lo que favoreció el crecimiento comercial tapatío.

Pero este gran aumento demográfico, si bien hizo aumentar sobremanera el valor real de las propiedades, pero mucho menos el del catastro, y ha permitido un gran desarrollo comercial, exi-

gió en cambio cuantiosas inversiones públicas para satisfacer necesidades primarias de los nuevos pobladores, a pesar de que no fueron suficientes.

Así, poco después de 1970, se reconoció la existencia de los primeros asentamientos humanos espontáneos e irregulares que dieron lugar después a verdaderos cinturones de miseria, inseguridad y violencia que habría de irse extendiendo.

Por otro lado, alcanzaron a ser enormes las cantidades de estudiantes en las escuelas públicas, de las viviendas llamadas de “interés social” que fueron construidas por el Gobierno, de lo invertido en obras hidráulicas y de electrificación, el número de los centros de salud, para la práctica deportiva y demás servicios para las comunidades, así como de verdaderos hospitales, al igual que la mejora en la calidad de vida de muchos sectores; mas se quedó muy lejos de lograrse una satisfacción general mínima.

El incremento de ciudadanos ayudó sobremanera al desarrollo comercial, lo que propició la formación de grandes cadenas de supermercados, farmacias, tiendas “departamentales”, entre otras, pero muchas de ellas acabaron después en manos de empresas forasteras.

Finalmente, más del 80% de la industria de todo Jalisco se agolpó en Guadalajara y sus inmediaciones.

Hubo también, en consecuencia, un auge en la construcción y la proliferación de viviendas de todos tipos, precios y tamaños. Asimismo, la metamorfosis de Guadalajara hizo que una buena cantidad de sus pobladores más adinerados, a quienes la tendencia conservadora de su tradición agrícola y ganadera de pequeña y mediana escala hacía que guardaran su dinero preferentemente en sitios recónditos de sus domicilios, echaran mano de él y lo pusieran a circular para reconstruir o reparar cientos de fincas derribadas agredidas por la ampliación y prolongación de las calles, así como los impuestos de plusvalía fijados para cubrir una parte del costo de las obras a un número mayor de propieta-

rios de terrenos y de *casatenientes* que se habían visto beneficiados directa o indirectamente por ellas.

Como aparecieron financieras regiomontanas que ofrecieron mejores rendimientos a inversionistas grandes y pequeños, la gente se decidió a darles a guardar su dinero y se favoreció la modernización y el fortalecimiento del mundo financiero, lo cual incidió en favor de la actividad económica de Guadalajara y también de Monterrey. Además, el mismo crecimiento urbano hizo factible vender por metro cuadrado terrenos de origen rural heredados de los ancestros o adquiridos por hectáreas e hizo su aparición la consecuente práctica de especular con bienes raíces, lo que dio lugar a una suerte de “latifundismo urbano”.

Cuando finalizó la gestión gubernamental de Agustín Yáñez, en 1959, Jalisco era el primer productor de maíz de toda la República Mexicana y Zapopan el municipio que más cosechaba de este grano. Por su parte, los sucesores se empeñaron en que así continuara, tal como lo declaraba cada primero de febrero el gobernador en turno en su *Informe de Gobierno*. Pero en especial fue, Juan Gil Preciado, quien asumió el gobierno inmediatamente después, el que más se empeñó en impulsar tanto la agricultura como la ganadería durante los casi seis años de su gestión: de 1959 a fines de 1964. Con esa idea se esmeró en concluir la vía directa a Barra de Navidad, pasando por Autlán, para promover el desarrollo de la amplia franja costera y aprovechar e impulsar los rendimientos rurales desde Cocula hasta el litoral.

Pero la incorporación plena de los bellos parajes costeros jaliscienses se empezó a producir durante el gobierno de Alberto Orozco Romero (1925-2007), que duró hasta 1977, gracias al trazado de la carretera que cruza todo el estado junto al mar o muy cerca de él y la construcción de la presa de Cajón de Peñas, varios años después de que en el gobierno de Yáñez se hubieran dado los primeros pasos formales en tal dirección.

El Norte de Jalisco, por su parte, no logró red carretera de eficiencia hasta que, poco antes de 1990, se iniciaron las vías que acabarían por tocar las diez cabeceras municipales de dicha región. Antes de eso, lo más que había eran brechas y caminos de terracería y algunas pistas para el aterrizaje y el despegue de pequeños aeroplanos.

En cambio, la Sierra, representada mayormente por Talpa, Mascota y San Sebastián del Oeste, tuvo que esperar más tiempo aún para que una carretera asfaltada la comunicara bien y permitiera cruzarla con mayor rapidez, seguridad y comodidad, a efecto de que hubiera, además, otra vía para alcanzar la costa y Puerto Vallarta, el centro turístico más importante de Jalisco en la actualidad. Ello ocurrió en 2005, durante la gestión de Francisco Ramírez Acuña: de 2001 a fines de 2006.

Asimismo, se concluyó hace poco más de una década una gran cruz de autopistas que favorecen el tránsito seguro a gran velocidad, aunque se suelen utilizar menos de lo debido en virtud de lo elevado de su peaje. La intersección, obviamente se produce en la ciudad de Guadalajara.

Parece que Jalisco tiene una vocación endémica por centralizarse o quienes tienen el mango del sartén bien agarrado, por evitar que se descentralicen las funciones públicas y los recursos y cuantiménos preocuparse debidamente por la periferia de la Entidad.

Siempre ha sido escaso el interés que muestran los tapatíos por conocer y atender los lugares más apartados y lacerante, no se diga, la impasividad con que se ha visto que estados vecinos se apropien de territorios y riquezas que legítimamente pertenecen a los jaliscienses. Tal es el caso de Peña Colorada, en las faldas de la pequeña Sierra del Mamey, donde se explota un rico yacimiento de hierro, y del ejido La Culebra, hoy convertido en un enorme “desarrollo turístico” conocido como Isla de la Navidad, delimitada por el mar, la laguna de Barra de Navidad o del

Teconate, el río Marabasco y unos canales que de él se han derivado. Ambos lugares están en poder de Colima.

También resulta importante el caso del fértil valle de Puente de Camotlán, a la vera poniente del río Bolaños, del que se posesionó Nayarit “a la brava”, mediante la irrupción de dos pelotones de policías “rurales” bien armados que le retiraron al delegado por la fuerza el sello del ayuntamiento jalisciense de Bolaños y lo obligaron a usar el de La Yesca, de Nayarit. Ello ocurrió en el año de 1937 y hasta la fecha el gobierno de Jalisco ni siquiera ha acusado recibo hasta la fecha del escrito que se le mandó entonces. Los “rurales” permanecieron durante un año en Puente de Camotlán, para asegurar su gesta, y luego se retiraron tan campantes. También está el caso del encajonado pueblo de Apozolco, en el fondo de la barranca del río Bolaños, que también se halla administrado actualmente por autoridades nayaritas.

Educación ¿superior?

Con esta actitud hegemónica, no sorprende que la universidad pública de Jalisco sea la única en todo el país que no se llama como su estado sino como su capital.

Tanto Jesús González Gallo, como Agustín Yáñez y todos los gobernadores siguientes hasta 1995, con mayor o menor intensidad, han procurado acrecentar el subsidio y el patrimonio de la Universidad de Guadalajara, que llegó a recibir casi doscientos mil alumnos. Aproximadamente una mitad de ellos en el nivel de educación media superior, y la otra para ir en pos de las cada vez más diversas licenciaturas, en tanto que los estudios de posgrado, algunos de muy buen nivel, son muy recientes y aún tienen pocos alumnos.

Además del deseo de que cada vez más gente pudiese acceder a la educación superior, la Universidad fue motivo de especial atención por su posibilidad de alterar la tranquilidad pública, como lo hizo en más de una ocasión y con cierta frecuencia al declinar los años cincuenta y comenzar los sesenta. El motivo solía ser la organización estudiantil mayoritaria y durante muchos años oficialmente reconocida: la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG).

Un grupo que se denominaba a sí mismo “La mafia”, encabezado por Carlos Ramírez Ladewig —un hijo del otrora gobernador Margarito Ramírez—, desplazó de la organización a otros vástagos de ex mandatarios locales que pretendían arrebatarle el mando. Uno fue José Zuno Arce y el otro Jesús González Gortázar.

Finalmente, Ramírez Ladewig alcanzó a ejercer un control casi absoluto de la casa de estudios y de las escuelas secundarias del sistema educativo estatal, basado en la fidelidad al gobierno y, con la ayuda de éste, el rechazo a como diera lugar de los grupos que no eran gratos a las autoridades. Se ganó así un amplio respaldo entre los muchos estudiantes poco estudiosos, aunque fuera a costa de que descendiera el nivel académico.

Su abyecta sumisión y colaboración con el Gobierno Federal en ocasión de los disturbios populares y la consecuente crisis de 1968, lograron que la de Guadalajara fuese la única universidad pública mexicana que no se participó abiertamente en las protestas. Este hecho consolidó la hegemonía de Ramírez, quien se ganó una irrestricta confianza oficial, buenas recompensas a sus colaboradores más destacados, la protección para todos ellos de la comandancia militar y una cantidad suficiente de armas idóneas para su función represiva. Los ex líderes estudiantiles accedieron entonces, entre otras cosas, a ser diputados estatales y federales y a desempeñarse como altos funcionarios de la propia Universidad, haciendo a un lado a la buena o a la mala a quien no se plegara a sus deseos y disposiciones incondicionalmente.

En 1973, Ramírez Ladewig quiso ser gobernador e hizo que la FEG y la Universidad dieran un drástico “viraje a la izquierda” que concordara con el discurso oficial del gobierno. Pero fue curioso que la nueva retórica “socializante” no fuera esgrimida por la izquierda tradicional de la propia universidad, sino por acomodaticios individuos recién incorporados a la Casa de Estudios, varios de los cuales procedían incluso de huestes confesionales y algunos de ellos eran incluso religiosos de profesión.

Lo que se pretendía era ganarse la voluntad del presidente Luis Echeverría, a cuya sombra, quizá sin que él mismo tuviera conocimiento preciso, había surgido en Guadalajara un violento grupo opositor de la FEG y que le habría de causar a ésta severos

dolores de cabeza, llegando a matar a algunos de sus cabecillas, además de alterar sensiblemente la vida de los tapatíos.

El mismo Ramírez, reputado como el “ideólogo” de la Universidad, fue asesinado en 1975 y, bajo el liderazgo simbólico de su hermano, reconocido por los ex presidentes de la organización estudiantil como el fiel de la balanza, la Casa de Estudios siguió por inercia cerca de quince años por el mismo camino.

Durante la “bonanza” del sexenio de José López Portillo, aparte de las fuertes limitaciones políticas que el gobernador Flavio Romero de Velasco (1977-1983), quien gobernó durante la “abundancia” del sexenio presidencial de José López Portillo, logró imponerle muy fuertes limitaciones al ahora llamado “Grupo de la Universidad”, pero a cambio le cedió suficientes recursos para emprender diversas construcciones que acrecentaron notablemente el patrimonio de la dicha institución y también de algunos de sus dirigentes.

En cambio, la mediocridad académica y el desánimo facilitaron el crecimiento de la cincuentenaria Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) y del Instituto de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), fundado por los jesuitas en 1957.

Por cierto que el nacimiento de este último ocasionó una gran molestia en el seno de la UAG, lo cual dio lugar a que los llamados “tecos”, que tenían a su cargo el rígido control político e ideológico de los estudiantes “autónomos”, en mayo de 1958 causaran cuantiosos daños en las instalaciones de los jesuitas, que a la sazón se hallaban en el mero centro de Guadalajara.

Por otro lado, coincidió con la fundación del ITESO que fueran diluyéndose, hasta su casi total desaparición, los violentos enfrentamientos entre los *tecos* “de la Autónoma” y los llamados *fejosos* “del estado”.

Otras instituciones dedicadas a la educación superior más noveles, que también salieron ganando con el extremismo de la UAG y el deterioro y los desórdenes ocasionados por la FEG en la

Universidad de Guadalajara, fueron la Universidad del Valle de Atemajac (UNIVA), fundada en 1979 por clérigos seculares ligados a la Mitra, cuyo pie de cría había sido el Instituto Pío XII; la Universidad Panamericana, del *Opus Dei*, establecida en 1981; el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (TEC), cuya sede en Jalisco se creó en 1991, y varios más de importancia menor. A todas ellas acudirían muchos vástagos de clase media y alta, cautivados sus padres por la constancia, el buen comportamiento y el orden preconizado y exigido.

El repunte cultural

El deteriorado nivel académico de la Universidad de Guadalajara, debido también a los bajos salarios y al incremento desmedido de alumnos y necesidades y de la corrupción interna, provocó la emigración definitiva de los alumnos y maestros más esforzados, lo mismo a la ciudad de México que a otros lugares. De tal manera, la vida cultural en la entidad se desarrolló menos que en otras partes del país. La pobreza en este aspecto que caracterizó a la vida tapatía durante los años sesenta y setenta, dio lugar a que fueran en otras instituciones, no universitarias, donde se cultivara el despertar y el repunte que sobrevino al finalizar la década siguiente.

Vale subrayar el trabajo realizado en la regiduría de cultura del Ayuntamiento de Guadalajara, entre 1968 y 1970 y, más aún, la creación y el desempeño del Departamento de Bellas Artes durante el gobierno de Orozco Romero. Al finalizar 1972 sobrevino también el establecimiento del “Centro Regional de Occidente” del Instituto Nacional de Antropología e Historia—convertido una década después en Centro INAH, Jalisco. En sus principios resultó muy valioso, entre otras cosas, por haber realizado una reanimación cabal del Museo del Estado y la preparación de varias obras importantes, como los cuatro grandes tomos de la *Historia de Jalisco*, que fueron presentados en 1982 e impresos por cuenta del Gobierno de Jalisco. Lo mismo puede decirse de la Unidad Editorial del Gobierno del Estado que, desde su fundación en 1977 y hasta 1983, publicó textos de gran

importancia y utilidad. Luego, dirigida por incompetentes, iría declinando aceleradamente hasta que acabó diluyéndose del todo. Vale resaltar también el trabajo realizado durante muchos años por el Instituto Goethe y la Alianza Francesa de Guadalajara, que fueron mucho más allá de difundir solamente la cultura de sus países y sistemáticamente su idioma.

Deben mencionarse, además, algunos esfuerzos de particulares que han resultado muy importantes, como el de Miguel Aldana Mijares, primero con el Museo de Arte Moderno —que con el tiempo pasó a manos del Ayuntamiento de Guadalajara y acabó dedicado principalmente a la obra de Raúl Anguiano— y después con la galería para promover jóvenes valores que hizo en su propia casa. En otro aspecto, debe valorarse mucho también el “Suplemento Cultural” de *El Informador*, el más antiguo de los actuales diarios de Jalisco. El suplemento de referencia cobró mayor fuerza durante los años setenta y, tiempo después, encontraría un digno parangón en el seno de *El Occidental*, fundado en el mes de agosto de 1942 y que pronto se convirtió en un importante eslabón de la famosa cadena de periódicos que tendió el coronel José García Valseca por todo el país, aunque ahora está ya en otras manos. En 1977 apareció otro diario, *Ocho Columnas*, en el seno de la Universidad Autónoma de Guadalajara y afiliado cabalmente a sus principios políticos e ideológicos. En 1991 lo hizo *Siglo 21*, de muy feliz memoria aunque de vida efímera.

A pesar de que sólo vivió siete años, constituyó un verdadero acicate para la renovación del periodismo en Guadalajara, a la sazón muy apoltronado. Lamentablemente sucumbió a causa de un sucio sabotaje interno, aunque se dice que fue prohijado por Ernesto Zedillo cuando fue presidente de la República. De los disidentes emergió *Público*, en 1997. Un año después lo haría *Mural*. El primero parecía ser independiente al principio, pero después se asoció a una cadena nacional, con la cabeza en Monterrey. *Mural*, por su parte, nació ya encadenado con el *Norte*,

de aquella misma ciudad, y *Reforma* que aparece en el Distrito Federal, entre otros.

También debe señalarse, en cierta medida como reflejo y consecuencia del repunte de la Universidad, el desarrollo alcanzado por El Colegio de Jalisco a partir de 1992, sito desde ese año en la cabecera municipal de Zapopan, dedicado a programas docentes de posgrado, a investigaciones de alto nivel sobre la sociedad del Occidente de México y a difundir su historia por toda la entidad. El fortalecimiento de la identidad regional ha sido una de sus principales miras.

A fines de la década de los ochenta, la Universidad de Guadalajara empezó a repuntar hacia la recuperación del liderazgo cultural que había tenido antaño. Se había comenzado con la incorporación de un selecto grupo de intelectuales, jóvenes en su mayoría —pero también alguno de gran prosapia—, que habían hecho estudios superiores en el extranjero o en otros lugares de México. Algunos de ellos eran miembros ya del Sistema Nacional de Investigadores, los cuales se conjuntaron muy bien con un grupo de funcionarios imbuidos de una mayor vocación académica que sus colegas.

Precisamente en el año de 1989, con el advenimiento de Raúl Padilla López a la rectoría, comenzó una época de profundos cambios. La FEG fue desplazada por la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), hasta ahora de tésitura muy diferente, y se emprendió un vasto programa para mejorar tanto los estudios regulares como las actividades de extensión, descentralizar los servicios, funciones y decisiones y generar estímulos a quienes se dedican exclusivamente a labores de investigación y docencia. Asimismo, se han establecido importantes lazos de colaboración con otras instituciones dedicadas a la educación superior que han dejado atrás el aislamiento ancestral.

Pero quizás el cambio más benéfico para Jalisco que se llevó a cabo en la Casa de Estudios, además de la creación de diversas

escuelas preparatorias más, fue arremeter contra el centralismo ancestral y proceder al establecimiento de cinco grandes Centros Universitarios fuera del área metropolitana de Guadalajara: Puerto Vallarta, Ciudad Guzmán, Autlán, Ocotlán y Tepatitlán, a los que se sumarían después otros dos, Ameca y Colotlán, y finalmente el de la ciudad de Lagos.

La tendencia a crecer tuvo un tropezón a causa de la reducción presupuestal que impuso el gobernador Cárdenas, el primero que no era universitario desde 1947, pero se aprovechó para mejorar los mecanismos de admisión, lo cual, aunado a la tendencia de ir eliminando a quien no estudiara, dio lugar a que la indisciplina y el vandalismo que había estado a la orden del día desaparecieran casi por completo.

Vale señalar que el crecimiento de los recursos universitarios se recuperó durante el gobierno de Ramírez Acuña, egresado de la Casa de Estudios, mayormente por el esfuerzo del gobierno estatal y no del federal.

Si el panorama actual no es del todo feliz, no por ello deja de resultar más halagador que antaño, gracias también a importantes realizaciones como el Festival del Cine Mexicano, iniciado en 1985, y muy especialmente la Feria Internacional del Libro, que se empezó a celebrar en 1987 y ha alcanzado una importancia enorme en todo el mundo de habla española. Asimismo, puede hablarse de una creciente producción editorial y artística de calidad y muchos y muy variados estudios sobre la región y todo el país. Todo ello ha sido determinante para que Guadalajara vuelva a destacar en la geografía cultural de México y, también, que ahora se empiecen a destacar en ella otras poblaciones de Jalisco.

Descalabros y cambios

Antes de concluir el siglo XX, en Jalisco tuvieron lugar lamentables acontecimientos de suma gravedad.

El 22 de abril de 1992, poco después de que la capital de Jalisco echara la casa por la ventana para celebrar estruendosamente los primeros 450 años de residencia en el Valle de Atemajac, unas fuertes explosiones debidas a una cantidad de gasolina muy grande que se había albergado en un colector principal causaron más de 200 muertos, miles de heridos y la destrucción total de ocho kilómetros de calles que cruzaban el antiguo y populoso barrio de Analco. Además, dicha catástrofe fue aprovechada para castigar al gobernador Guillermo Cosío Vidaurri que se había resistido a plegarse a muchos designios de los principales funcionarios del gobierno federal que encabezaba Carlos Salinas de Gortari. Desde unos meses antes, a pesar de los grandes esfuerzos que se habían hecho ya para tender nuevas carreteras y caminos, así como diversas obras de beneficio popular, el gobernador de Jalisco había sido víctima de una fuerte campaña de prensa en su contra, con ánimo de debilitarlo y respaldar la manifiesta y creciente animadversión por parte de influyentes sectores de la ciudadanía, todo lo cual había sido orquestado desde el Palacio Nacional.

A fin de cuentas, Cosío Vidaurri pidió licencia el 1º de mayo de 1992, previo encarcelamiento arbitrario e injusto, como “chivos expiatorios” de la tragedia, entre otros, del recientemente nombrado secretario de Desarrollo Urbano y Rural y de quien se

había convertido, al comenzar el mes de abril, en presidente municipal de Guadalajara, gracias al inobjetado voto en su favor de las dos terceras partes de los sufragantes.

Privados de su libertad, ambos se vieron obligados a presentar su renuncia. Fueron seguidos por la mayor parte de los regidores tapatíos, de manera que el ayuntamiento tuvo que ser sustituido por un concejo municipal que fue nombrado por el Congreso del Estado.

En lugar de Cosío Vidaurri el Congreso del Estado designó a Carlos Rivera Aceves, a quien tocó la difícil tarea de ir recomponiendo sobre la marcha la administración pública, seguir adelante con lo que se había iniciado, atender a los miles de damnificados y evitar conflictos mayores que estuvieron a punto de surgir.

También de gravedad fue el derramamiento de sangre entre diferentes grupos de narcotraficantes, que incluso llegó a producirse en lugares muy públicos. Entre muchas muertes se contó incluso con la del arzobispo de Guadalajara, Cardenal Jesús Posadas Ocampo, nacido en 1926, quien fue balaceado a mansalva en mayo de 1923, a plena luz del día, en el estacionamiento del Aeropuerto Internacional "Miguel Hidalgo". Se dice que se había roto un acuerdo *de facto* entre quienes se dedicaban a la producción y el contrabando de estupefacientes en el norte del país para que toda la mancha urbana de Guadalajara fuese un sitio seguro para la residencia de sus familias y que estas pudieran vivir tranquilamente en ella. En consecuencia, acabó convirtiéndose en uno de sus principales campos de batalla.

Contra lo que se esperaba, el nuevo arzobispo que substituyó a Posadas fue nombrado muy pronto: se trasladó a quien fungía como obispo de Ciudad Juárez y había sido director anteriormente del Seminario de Guadalajara, Juan Sandoval Iñiguez, natural de Yahualica, Jalisco. Luego fue investido también como cardenal.

Sandoval cambió la tendencia de sus antecesores. Participando en muchos debates públicos que otrora hubieran sido soslayados por el mitrado. Tuvo éxito su propuesta de canonizar a quince “mártires” de la época de los cristeros, pero tuvo que afrontar muchos problemas para la construcción de un enorme santuario dedicado a ellos.

La inquina generada en la ciudadanía, a la que se sumó el descalabro económico nacional que sobrevino en diciembre de 1994, constituyen las causas primeras del inusitado y abrumador triunfo del Partido de Acción Nacional en las elecciones de 1995, que dieron lugar a que Alberto Cárdenas Jiménez, ex alcalde de Ciudad Guzmán, se convirtiera en gobernador de Jalisco y que fuesen miembros del PAN la mayoría de los integrantes del Congreso del Estado y la dirigencia de los municipios de mayor población.

Ello significó que sobreviniera una cierta higiene de la administración pública, aunque ésta se volvió más compleja. Además se redujo de manera muy considerable la obra pública. Quizás en parte por ello, algunos problemas como la inseguridad y la delincuencia crecieron peligrosamente, lo mismo que se deterioró la situación del agro, con el consecuente incremento de la emigración al norte, principalmente a California, Illinois y el estado de Washington, en busca de fuentes de trabajo. De la misma manera, la concordia y la tranquilidad tuvieron con frecuencia sus tropiezos.

Cárdenas Jiménez se apoyó principalmente en los grupos más derechistas de su partido, lo que no dejó de traer consigo, junto con muchas limitaciones personales del propio Gobernador, una cierta desilusión de la ciudadanía y constantes confrontaciones con diversos grupos, incluyendo al sector llamado “tradicional” de su propio partido, con mayor vocación democrática y de justicia social.

Nuevo milenio ¿de concordia o de cambio?

Precisamente dicha tendencia comenzó a ganar fuerza al mediar el sexenio de Cárdenas Jiménez, en 1997, en torno a la candidatura triunfante de Francisco Ramírez Acuña para la presidencia municipal de Guadalajara, de donde saldría después postulado como candidato del PAN al gobierno de Jalisco.

Con Ramírez Acuña el PAN volvió a triunfar, aunque por poco margen, muchas impugnaciones y un condicionado respaldo de su propio partido, lo que marcó un comienzo de su gobierno con muchas limitaciones. Mas poco a poco, basado en una política de conciliación e integradora en su gobierno de diferentes grupos de Jalisco, incluyendo algunos de partidos de oposición, y una tendencia a compaginar el diálogo con la mano firme, fue consolidando una gestión que subsanó una buena cantidad de fisuras abiertas por su antecesor, dando lugar a un panorama político mucho más propicio a la tranquilidad y al desarrollo social.

El orden interno corrió peligro una sola vez, en 2004, con motivo del enfrentamiento que tuvieron las fuerzas policíacas del estado y de los municipios de Tlaquepaque, Zapopan y Guadalajara con los llamados *globalifóbicos* que se manifestaron, muy agresivamente algunos, en contra de la reunión *globalifílica* denominada *III Cumbre América Latina, el Caribe-Unión Europea*, que tuvo lugar en el Instituto Cultural Cabañas el 28 de mayo de ese año, organizada por el Gobierno Federal. La imposición del orden, que implicó varios detenidos, a fin de cuentas, fue dura-

mente criticada por unos, aunque también contó con el aplauso de otros.

Al mediar su período de gobierno, el PRI daba muestras de recuperación. Perdió por muy poco en Guadalajara y triunfó en municipios importantes como Tlaquepaque, Puerto Vallarta, Zapotlán El Grande y Zapopan. Precisamente de este último emergió con fuerza inusitada, después de una gestión ponderada, eficiente y respetuosa, su candidato al gobierno de Jalisco.

Su opositor fue el presidente municipal de Guadalajara, Emilio González Márquez, con cualidades similares, quien salió finalmente vencedor por muy poca ventaja, aunque distribuida homogéneamente por todo el estado. Las elecciones fueron el 2 de julio de 2006, precisamente el mismo día que fue elegido Felipe Calderón Hinojosa como presidente de la República por una ventaja aun menor.

¡La última y nos vamos!

Todo mundo coincide en que Jalisco ha tenido épocas mejores que las actuales. Bien decía Ignacio Manuel Altamirano que “nadie ignora en México lo que Jalisco ha pesado en los destinos de la patria”. Se dice también que Porfirio Díaz, durante los muchos años de su mandato, solía preguntar antes que nada en las mañanas si Jalisco no se había alzado... Mas pocos suelen acordarse de que también han transcurrido tiempos peores y se han dado en ellas muchos tumbos, como cuando Álvaro Obregón denostaba a los jaliscienses diciéndoles que vivían en “el gallinero de la República”. Mucho de lo que padecemos es un mal del tiempo que se comparte con otros lugares de México y del mundo, pero también es cierto que errores y desavenencias particulares han traído, por igual, problemas muy severos.

Hace medio siglo, nadie ponía en duda que Jalisco desempeñaba un papel preponderante en la conformación de la idea más generalizada de la nacionalidad mexicana, pero la preeminencia fue menguando por imponderables como la tradición pequeño burguesa que había sido antaño motivo de orgullo y razón de una sociedad menos desequilibrada que otras, pero también debido a una forma de ser y hacer aferrada a la vocación por la nobleza y la hidalguía de origen peninsular que incapacitó a los jaliscienses para afrontar de acuerdo con sus conveniencias la natural globalización de fines del siglo XX y, sobre todo, después de la firma, en 1993, del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá (TLCAN o NAFTA), al que no se le supieron o

pudieron sacar todas las ventajas del caso y sí, en cambio, se le absorbieron todos los inconvenientes.

La vida de las sociedades es así: compleja y difícil de entender y, con frecuencia, más difícil aún de enderezar. Sin embargo, a veces es posible detectar problemas primigenios, como es el caso en el Jalisco actual de una creciente falta de confianza en sí mismo y, por ende, una preferencia por lo ajeno que por lo propio. De esta manera, sin un sentido que nos identifique con quienes comparten el suelo y el aire de esta tierra, resulta mucho más difícil recuperar la prestancia de antaño.

Ahora bien, quien ha apurado, con la atención que se merece cualquier destilado de un buen producto, las 18 copas anteriores, habrá reflexionado sobre el terruño y, espero, estará en condiciones de entenderlo mejor, lo cual constituye un paso importante para identificarse mejor con él y con quienes en él residen. Estoy convencido de que, si bien conocer la historia no es la manera de solucionar los problemas, en cambio es un requisito indispensable para hacerlo. Cualquier cura tiene que considerar las raíces del mal...

De cualquier manera, es legítimo ser optimistas y hay razones para ello, mas no puede seguirse esperando que las soluciones caigan del cielo o, lo que es equivalente, que sea siempre el gobierno federal o la Divina Providencia quien tenga que sacar las castañas del fuego.

Puerto Vallarta, durante las lluvias de 2008

Escencia de Jalisco
terminó de imprimirse en octubre de 2008
en los talleres de Ediciones de la Noche,
edicionesdelanoche@gmail.com
Guadalajara, Jalisco, México

Composición tipográfica: Laura Biurcos Hernández

Tiraje: 1 000 ejemplares